

Si pudieras ver Niágara

Joaquín Revuelta

***A la Reina Gwinafra.
Al príncipe Julius y a la princesa
Willimer. Gracias por hacerme pensar
más de la cuenta.***

“There was a thing called the soul, and a thing called immortality”

(Aldous Huxley, Brave New World)

***“In every cry of every Man,
In every Infants cry of fear,
In every voice; in every ban
The mind-forg’d manacles I hear.”***

(William Blake, London)

HIGH WYCOMBE, SUR DE INGLATERRA – 1815 A.D.

Arrebolada en las delicadas sábanas que acarician su cuerpo desnudo, sintiendo ese dulce entumecimiento en los músculos que acompaña al despertar de un sueño reparador, mientras oye en la lejanía el canto del gallo que rompe la delicada serenidad de la atmósfera desde alguna de las granjas que orillan Vicarage Lane, Paula vuelve a echar de menos su pad, quizá más que nunca. Podría saber la hora exacta, podría llegar al *hall* a la hora justa para esa importante cita que tiene esta mañana.

Piensa en Betsie y sonrío como una gata.

Ella y Betsie suelen verse todos los días a la hora del desayuno, en la vasta cocina de la mansión. Es un capricho de su anfitriona. Dice que el cálido ambiente de la amplia estancia, el olor del pan y los bollos recién horneados, el silencioso trajín de las cocineras y las doncellas

que pululan entre bromas y comentarios *sotto voce*.. Dice que eso es la vida, y no lo que su sociedad proclama como tal. Paula no hace puntualizaciones al respecto. Oh, Betsie, si pudieras ver Niágara...

Hoy es diferente.

La noche anterior, cuando los caballeros se hubieron retirado a la biblioteca para fumar sus habanos y beber sus copas al calor de la chimenea (y quizá hablar en serio sobre los preocupantes problemas de las fábricas), Betsie le hizo una seña y le pidió que le siguiese hasta la salita de música. Paula dio una excusa a la anciana Lady Winthorpe, que ya la tenía agarrada por el brazo, y, haciendo una reverencia, se recogió el vestido y siguió a su amiga hasta allí. El resto de las damas apenas les dedicaron una sonrisa de complicidad mientras se retiraban hacia el salón azul para jugar a los acertijos. *Ah, la juventud*, podía leerse en sus ojos, *juegos secretos y confiancias abrumadoras*... Todos los que componen el círculo social de Highsbury Manor son conscientes de la intensa amistad que une a las dos jóvenes, aunque nadie sospecha la naturaleza de tal confraternidad. Paula entró en la estancia (exquisitamente decorada con tapices de las Indias y retratos de eminentes músicos que te escudriñan con vehemencia desde los muros) y encontró a Betsie mirándola fijamente con las mejillas encendidas, apoyada en el pianoforte, las manos a la espalda asiendo la tapa del instrumento. En el exterior el día se apagaba. Densas nubes plomizas estaban formando una tormenta de primavera, y el viento susurraba con voz profunda entre los sauces del jardín.

–¿Qué te sucede? –Le preguntó.

–Mañana te mostraré algo, algo que deseaba que compartieras conmigo.

–¿Vas a dejarme en ascuas toda la noche? –Paula esbozó un fingido mohín de disgusto. Últimamente se ha convertido en toda una experta en la interpretación–. Eres muy mala conmigo –dijo mientras se acercaba a Betsie con una amplia sonrisa en los labios.

–No te arrepentirás de la espera –llegó hasta ella y ambas se cogieron de las manos. Hay una fuerte química entre ellas, Paula lo definiría más bien como un intenso campo tensor, aunque nunca se le ocurriría decirlo en voz alta. No aquí–. Nos veremos temprano, a eso de las seis de la mañana, en el *hall*.

–Eso es demasiado temprano, Bet. A esa hora ni las doncellas están despiertas.

–Quizá lo hagamos por eso –Betsie le guiñó, sonrió, y una luz intensa iluminó la habitación teñida de atardecer.

–Como quieras, querida –no tuvieron que decirse nada más, las dos cogidas de la mano salieron de la salita de música y se unieron al resto de las damas. Jugaron a acertijos hasta bien entrada la noche, y Paula se fue a dormir con el ánimo contagiado por la excitación de Betsie.

Echa de menos su pad.

Como todas las mañanas desde que llegó realiza el ritual del convencimiento.

Se incorpora, ya sin pereza, y su semblante adquiere un tono serio y seco, mezcla de miedo y ansiedad mal contenidas. Alza sus manos al

unísono y retira su cabello ondulado por los apretados rizos que la peluquera de Betsie realizó la tarde anterior, antes de la fiesta. Lo sujeta con fuerza, lo estira, y se hace un nudo a la altura de la nuca para que el pelo no interfiera en su ritual. Luego suspira, y traga una larga bocanada de aire. Pone las manos a la altura de las orejas, ligeramente inclinadas, aguanta la respiración y da un golpe seco con ambas manos en un punto exacto detrás de los órganos auditivos. Siente un dolor intenso, que reverbera como un eco maligno dentro de su cráneo, pero no sucede nada. Nada. Y se convence. Se convence de que todo esto es *real*.

Como todas las mañanas, suspira con alivio.

Se levanta de la cama, se despereza y se da cuenta de que también hay otra cosa que añora: la ducha matinal, aunque sea la exigua cantidad asignada a los habitantes de Niágara. Ciertamente que ésta última es algo zafio comparado con la cascada en la que ella y Betsie se bañan por las tardes a escondidas (pero deseando que algún joven cazador se extravíe en su camino y las sorprenda en su juvenil desnudo). Nada hay comparable al agua limpia y pura (sin haber pasado por circuitos de reciclaje) cayendo sobre tu piel. Pero no hay saltos de agua en la habitación, así que se acerca a la jofaina y realiza sus abluciones, frotándose bien la cara con jabón de rosas. Hoy las doncellas no le ayudarán a vestirse, así que decide embutirse en el traje de montar, usando la camisola en lugar del corsé, y sustituyendo el pesado vestido de las mañanas por una amplia falda. Se retoca el peinado y mira por la ventana. El sol ya ha sobrepasado las colinas de Marlow.

Tiene que ser la hora.

Sale al pasillo y lo recorre en silencio con las botas de montar en la mano. Pasa por delante de las estancias que ocupan los señores Dorsay-Campbell, un joven matrimonio (bien, la esposa es joven, eso es cierto, aunque el marido no volverá a cumplir los cincuenta) que también está invitado en Highsbury Manor. Ambos son unos chismosos, y no siente deseos de que le estropeen el mágico momento con preguntas inoportunas. Consigue sortear el obstáculo y comienza a descender por las amplias escaleras que conducen al *hall*. La luz que entra por las vidrieras de la puerta principal delinea una figura menuda atrapada por las sombras. Es Betsie. Lo ha vuelto a lograr.

–Vamos, perezosa –dice en un susurro cuando a Paula le quedan dos o tres escalones para completar su descenso.

–Eres increíble –le responde Paula cuando llega junto a ella, y le da un suave beso en la mejilla que despide un intenso aroma de flores.

Betsie la toma de la mano y, en lugar de dar la vuelta y salir por la puerta principal, la obliga a ir hacia la derecha, hacia la cocina que a estas horas ya empieza a adquirir esa vida que ella tanto admira. Baján los angostos escalones intentando que sus pasos no sean escuchados, pero Margie, la oronda cocinera jefe, levanta la mirada desde la masa en la que está trabajando y finge una mueca de enfado. A su extraño modo, Paula le ha cogido afecto. Le recuerda a una matrona enorme de voz cascada que regentaba un bar de reclutas en Kubrick. Su brazo derecho era un implante biónico, y le gustaba echar un pulso con los soldaditos que iban a su garito a gastarse el plástico

en bebidas repugnantes y hamburguesas grasientas de soypro. Era una buena persona, y te echaba una mano siempre que podía, incluso cuando había problemas con la migra.

–¿Qué horas son estas, niñas? –Betsie tiene veintiún años, Paula no sabe cuál es su edad actual (aunque aparenta ser aún más joven que su amiga), pero todos les dicen las “niñas”.

Betsie se lleva el dedo índice a los labios y aprieta el paso. Llegan al final de la escalera y las dos se acercan a la mujerona, que ya está secándose las manos en el mandil y buscando con los ojos los materiales necesarios para prepararles el desayuno. Betsie estampa un sonoro beso en el mofletudo rostro de la mujer, y ésta se derrite un poco por dentro. Nunca ha tenido hijos, y podría decirse que Betsie y sus hermanas (ahora también Paula) son lo más parecido que tendrá jamás.

–Quita, niña –la voz de la mujer despide rayos de luz musical–. ¿Se puede saber hacia dónde vais tan de buena mañana?

–Es un secreto –Betsie le guiña un ojo.

–¿Lo sabe tu padre?

–Vamos, Margie, sólo vamos al bosque a recoger unas flores. Es una sorpresa para alguien de la casa.

–¿Ese es el secreto?

–Bueno... Es parte de él. ¿Prometes no decírselo a nadie?

Margie sonríe con indulgencia y asiente en silencio.

–Esperad, voy a prepararos algo para...

–No es necesario. Volveremos pronto, queremos tomar el desayuno

con vosotras, como siempre.

Betsie no espera la respuesta. Toma a Paula de la mano y echa a correr hacia la puerta de madera que da a la parte posterior de la mansión. Ambas atraviesan el patio trasero, rodeado por los gallineros, los establos, las caballerizas, y el pequeño taller donde Will Foster (el sobrino medio tarado del señor Hawthorne, el mayordomo) repara a veces los carricoches y las calesas. Todo está rodeado de un silencio sepulcral, roto de vez en cuando por el relincho de un caballo o el mugido de Claire, la enorme vaca que Margie ordeñará cuando termine de meter el pan y los bollos en el horno.

Las jóvenes lo atraviesan deprisa, sin importarles que el estiércol y la paja se peguen a los bajos de sus vestiduras. Salen a campo abierto por una pequeña puerta de metal que se abre en la inmensa valla que rodea la heredad. Allí, Paula se detiene un momento, extasiada por enésima vez con la visión de la campiña. Una extensión de verde frescor se extiende ante sus ojos, salpicada por bosquecillos de pinos, olmos y sauces, campos de margaritas, y lagunas de alta hierba mecida por la brisa de la mañana. En el horizonte las cimas de las colinas refulgen bajo el sol de la mañana.

–Es tan hermoso... –Susurra sin poderlo evitar.

–Vamos –le urge Betsie. Paula todavía no entiende el porqué de su excitación.

Paula se recoge la falda y sigue los pasos de Betsie. Ambas cruzan el puentecillo de madera que el señor Jamison, el jardinero, construyó sobre el arroyo hace apenas una semana. Betsie tiene la intención de

bautizarlo algún día con un nombre solemne y pomposo, pero todavía no se le ha ocurrido ninguno que le satisfaga, pese a que Paula le ha sugerido unos cuantos. Toman el sendero que nace en su extremo, y Paula comprende que se dirigen al pequeño lago, a la cascada que no se cansa de frecuentar a pesar de que ha ido cientos de veces en tan corto espacio de tiempo.

Dejan a la derecha la estrecha algaida de pinos y arbustos cargados de moras donde a veces se sientan a leerse una a otra sus obras preferidas. Betsie no entiende qué ve Paula en alguien tan grosero como Swift, ni porqué le apasionan los extraños viajes de Gulliver. Ella, dado su talante, prefiere los poemas de Byron, de Keats, incluso algunos de Coleridge cuando empezaba. Y, por supuesto, la desgarradora pasión de Blake, cuyos *Cantos de Inocencia* es capaz de repetir sin vacilación punto por punto. Paula podría contestarle que, sencillamente, no entiende la poesía, que sus recursos son ininteligibles para alguien que ha nacido en Niágara, donde la belleza y la estética brillan por su ausencia. Pero nunca lo haría. No. Nunca.

Siguen el camino subiendo la rasa loma que Betsie llama “la atalaya”, y descienden riendo y sorteando los arbustos con su immaculado ímpetu juvenil. Ya casi han llegado al viejo roble que se alza en la vereda izquierda del sendero, herido por mil batallas contra la naturaleza hostil. Allí grabaron sus nombres en la añosa corteza como una promesa de amistad, de devoción y fidelidad eternas. A su lado culebrea un matorral en el que crecen pequeñas flores azuladas. Una y mil veces se han preguntado cuál será el nombre de tan

delicadas perlas vegetales, y una y mil veces se han jurado que no pasará un día más sin que se lo pregunten al señor Jamison. Por supuesto, no lo han hecho; los jóvenes siempre tienen cientos de cosas que hacer, y un solo cerebro para intentar procesarlas.

–Espera un momento –le ordena Betsie, deteniéndose de repente–, y cierra los ojos.

Paula suelta una risita y obedece a su amiga. Aprieta los párpados con fuerza y se deja caer hacia atrás, sabiendo que la mullida hierba hará de suave colchón para su delgado cuerpo. El olor del césped, aún salpicado de rocío, impregna sus fosas nasales y eleva su espíritu hacia una zona interior donde nadie ha penetrado jamás. Aunque sus pulmones actuales no lo recuerdan, su mente todavía sufre por el asfixiante hedor de los túneles de Niágara. Para ella, esto es algo muy parecido al paraíso, con todas sus consecuencias.

Deja que el tiempo pase, sin prisas, oyendo el sonido de los pasos de Betsie sobre el piso. Ni siquiera se pregunta qué estará haciendo. A su amiga le gustan las sorpresas, y supone que esta le gustará tanto como las otras.

–¿Es esto lo que me ibas a enseñar? –Pregunta sin levantarse del suelo.

–No. Se me acaba de ocurrir. No abras los ojos.

–Vale.

Pasan un par de minutos, y Paula escucha a Betsie acercarse. Siente que se arrodilla a su lado y coloca algo en torno a su cabeza, algo que huele a campiña, a frescor. Una corona de flores.

-Estás tan guapa... -Le oye susurrar- Pareces la princesa de un cuento.

Paula sonríe, y hace el intento de incorporarse.

Sólo el intento, porque es incapaz de hacerlo.

De repente, sin transición alguna, como la puerta que se abre con estrépito en una salvaje noche de tormenta, una densa niebla gris le rodea. Intenta gritar, pero su cuerpo no responde. Está entumecido, frío como el alma más fría del infierno. Oye a Betsie pronunciar su nombre en la distancia, su voz teñida por el agrio color de la desesperación más profunda, una palabra que se convierte en un grito, en un aullido, casi en un estertor cuando el repicar de las lágrimas lo distorsiona.

La niebla. El vórtice. Los sueños.

Y las pesadillas que la envuelven mientras abandona la realidad y los ojos de su mente se encuentran en

La campiña está en flor. La suave brisa arrastra nubes perezosas que parecen orondos borregos pincelados de gris. El rosicler del atardecer tiñe el paisaje de un color tan dulce que Paula se pregunta si no será posible saborearlo.

Está en la entrada de un pequeño bosque, muy pequeño. Paula distingue una figura humana en un claro de la arboleda, a no más de cien metros, una extraña silueta envuelta en oscuros ropajes que se calienta las manos frente a una hoguera que crepita alegremente y que impregna el ambiente con el dulce olor de la resina. Se acerca barriendo el suelo con sus propias prendas, largas y pesadas. El tiempo parece haberse detenido, muertas cuelgan las hojas, y el

aire permanece ajeno al movimiento de las cosas.

Paula llega hasta la figura. Aunque envuelta en una especie de hábito de burdo tejido castaño, distingue la delicadeza y fragilidad de sus formas. Observa sus suaves manos, blancas como la leche, y siente que algo no está bien. Comprueba con asombro que las suyas son del mismo color, y eso sí que es extraño. La cabeza de su interlocutor está oculta por una capucha con ribetes de plata que impide a Paula la visión del rostro del extraño.

–Buenas noches –dice la figura con una voz asexuada que recuerda el arpegio de un arpa.

–Buenas.

–Siéntate, por favor.

Paula mira a su alrededor en busca de algo que le sirva de apoyo. A su lado, de la nada, aparece un tronco. Paula no dice nada y toma asiento.

–Es verano –cuando escucha los sonidos que salen de su boca, Paula se da cuenta de que su propia voz también tiene un tono musical que le resulta desconcertante–, ¿para qué necesitas una hoguera?

–El fuego tiene más virtudes que las de calentar el cuerpo durante el frío invierno o reducir los bosques a cenizas durante el verano –el extraño extiende una de sus delicadas manos y arroja un puñado de polvo sobre las llamas–. También sirve para conjurar las formas de lo que no es, o de lo que bien pudiera ser...

Paula contempla la danza de las flamas zarquinas y ve con los ojos del futuro.

Contempla a los gigantescos pájaros de metal que surcan los aires, con sus vientres repletos de seres humanos. Y tiene miedo. Luego observa las ciudades

de vidrio que se extienden como inmensos monstruos, abominaciones con las venas llenas de carros sin caballos que alocadamente se entrecruzan sin tocarse jamás; se admira de que los engendros alcen el vuelo, rodeen el planeta, hostiguen a las estrellas en una carrera desesperada... Y tiene miedo.

Las visiones se oscurecen, son reemplazadas y se funden con la imagen de un hongo insólito y a la vez familiar. Es de un refulgente, de un imposible color anaranjado que parece brillar con luz propia.

El hongo crece, se dilata ante los asombrados ojos de Paula, se hace tan gigantesco que explota en un mar de esporas llameantes que van a caer sobre ella. Y éstas germinan en su carne, creando retoños malsanos que se hinchan sobre su piel, ocultando su cuerpo, su alma, el bosque, la sonrisa del extraño...

NIÁGARA, EN TRÁNSITO – 2753 A.D.

No puede quitarse de encima la sensación de haber caído en los infiernos. La niebla se ha disipado sólo en parte; todavía hay una bruma más densa que reside en los recovecos de su cerebro, nublando las sensaciones y las reacciones. Está, por así decirlo, confortablemente entumecido.

En un primer momento no sabe dónde se encuentra. Sólo en un primer momento. Transcurrido ese segundo precioso el hedor abominable y omnipresente de Niágara se apodera de todo su ser. Intenta incorporarse

(el grito de Betsie... Oh, dios, el grito)

pero es inútil, su cuerpo no responde. Un millón de agujas de cristal ponzoñoso están clavadas por todos sus músculos y articulaciones. Y recuerda. Recuerda que este cuerpo está sujeto a un campo antientrópico que le rodea como los brazos de una madre excesivamente protectora.

Automático. Esa palabra le martillea la consciencia. Sólo tiene que quedarse muy quieto, arrebujaado en sí mismo, dejar que ciertos sensores comprueben que sus ritmos corporales han entrado en los parámetros normales. Eso dijo Haakon. Pero, claro, Haakon dijo tantas cosas...

Tiene la vaga sensación de que vomita.

Y es atrapado por un oscuro pozo de agonía que le engulle.

El bib es la baliza que le señala el camino al mundo real.

El bib que aparece y desaparece ante sus ojos, envuelto en una bruma mística que le impide centrarse en un punto concreto de su superficie. Puede distinguir la etiqueta, un rectángulo de color indefinible que contiene... ¿letras? Para él son sólo gusanos enloquecidos que ondulan, se retuercen, se estiran, se retraen...

Cree oír un ruido, sonido de pasos, cada uno de ellos un martillazo entre sus orejas, repicando como campanas de muerte que acompañan el último viaje de un finado sin recursos. Ahora alguien le zarandea, y su cerebro parece escurrirse dentro de las paredes del cráneo. ¿Es posible que los sesos se muevan? Piensa que no, aunque en ocasiones como esta tenga la impresión de que sí.

-¿Anchor? ¿Paul Anchor?

Ése es su nombre. Lo reconoce. Durante algún tiempo no lo ha sido, pero eso fue en otra realidad, quizá en otro mundo. Ahora vuelve a ser Paul Anchor. Intenta fijar los ojos en la persona que se ha dirigido a él. Imposible. Nadie debería jugar con las herramientas de los dioses. Es un pecado por el que hay que pagar muy caro.

Su interlocutor trata de alzarlo de la cama. Lo consigue. Anchor siente que su estómago aún reposa sobre las sábanas empapadas de sudor, éste protesta por el movimiento regurgitando un líquido de textura lechosa sobre el suelo de la habitación. El ser humano que intenta ayudarlo maldice en voz alta, aunque Anchor es incapaz de codificar sus palabras. Su mente sólo puede añorar el verdor, los amplios espacios, el suave y fresco olor de la campiña mojada por una suave llovizna de verano, la dulce mirada de...

Siente un intenso y sordo golpe en la mejilla.

El dolor llega a su cerebro antes que el sonido de la bofetada. Es inútil. Está sordo, ciego, quizá mudo. Los zarandeos vuelven, pero nada parece ser capaz de restaurar el control de sus sentidos. Tiene la vaga noción de que es arrastrado por el suelo a trompicones. Primero por una superficie pegajosa, salpicada de grumos de una sustancia que, desde luego, es incapaz de clasificar; luego por un gélido piso de plasmatal. Allí se detiene, y una sensación glacial se extiende por su cuerpo desnudo. Escucha el fresco sonido del agua que corre. ¿Es el arroyo? ¿La pequeña cascada donde él y Betsie se bañaban a escondidas? Dios no puede haber sido tan misericordioso. Dios no

perdona a aquellos que se inmiscuyen en sus asuntos.

Su desconocido colaborador vuelve a tirar de su cuerpo hacia arriba. No lucha. Una catarata de agua fría como la muerte cae sobre su cabeza y se extiende como un cáncer malévolos por la superficie de su cuerpo. Anchor grita, sintiendo que recupera el uso de su garganta. Aúlla. Su corazón se encabrita dentro del pecho y nota que sus pulmones se congelan con el aire todavía en su interior. No puede respirar. Una pinza de escarcha sólida atenaza sus músculos. Quiere reaccionar. Intenta hacerlo. Se mueve espasmódicamente, aferra con sus manos entumecidas las bastas ropas del extraño. Trata de suplicar pero las palabras se enquistan en sus cuerdas vocales y sólo un gorgoteo sale de su boca llagada por la flema y el pánico.

Anchor se abandona a la gelidez que le atrapa como los dedos de la muerte. No le importa morir. Lo que le entristece en lo más hondo de su alma es que el golpe de la guadaña es un paso adelante, nunca hacia atrás.

Cae en un sueño profundo y profundo, o quizá en las garras de la pesadilla.

Margie amasa el pan sobre la plancha de mármol que hay junto al horno y los fogones. Su cara está radiante, como siempre, sonrosada como las manzanas maduras que de vez en cuando les trae el señorito Wallace, de Kingsfold Manor. Paul se coloca a su lado, intenta hablarle pero los sonidos no salen de su garganta, ni la mujer parece darse cuenta de su presencia. Las manos de la mujer no dejan de trabajar la masa con sus dedos regordetes, y Paul observa

con asco que hay gusanos que se retuercen entre las hilachas de pasta que se escurren entre sus manos.

Algo no anda bien.

La mujerona pone la mezcla en un gran cuenco de barro y lo tapa con un paño sucio, cubierto de cuajarones de lo que Paul cree que es con toda certeza sangre a medio coagular. Margie se limpia las manos en el mandil y va hacia el horno. El fantasma en que se ha convertido Anchor la sigue con curiosidad. Margie silba una melodía que él reconoce vagamente mientras se coloca unos gruesos guantes de esparto para abrir la portilla del fogón. Paul se pone a su espalda, y presiente que va a ver algo horrible. En ese momento sabe que está en un sueño, pero es incapaz de despertar.

La mujer abre por fin la portilla y Paul ve, con pánico y repugnancia, la cabeza de Betsie horriblemente deformada. Su piel está plagada de ampollas, algunas ya oscuras por el tueste provocado por el intenso calor que emana la leña que arde sin preocupaciones, agrietada en cuarterones que dejan salir un líquido repugnante; sus ojos están blancos y ciegos por el calor, a punto de estallar por la presión interna, y a pesar de todo están clavados en los suyos propios, en una muda súplica de ayuda que él no puede brindarle desde su posición de espectro...

Anchor despierta con la frente húmeda, exhausto, tan cansado que no puede ni gemir aunque su alma aúlla presa de un dolor inhumano; finas gotas de líquido salado resbalan por sus mejillas hasta empapar sus labios resecaos. Las hilachas del sueño todavía le torturan, pero se desvanecen con urgencia, como temiendo que el

hombre pueda volver a atraparlas de nuevo. La garganta le arde, la siente hinchada como el vientre de una parturienta.

-¿Anchor?

Esta vez los sonidos llegan con más claridad, y el alocado tiovivo que era la habitación empieza a ralentizar sus giros. Trata de incorporarse pero una mano, oprimiendo con una suave firmeza, le empuja hacia atrás hasta que su cabeza vuelve a encontrarse con la húmeda almohada.

-Quieto -dice la voz-, el ergopack todavía tardará un rato en hacerle efecto.

Es una voz de hombre, ronca y a la vez delicada, que no le resulta familiar en absoluto. Pero eso no quiere decir nada. No es la voz de Betsie, qué más quisiera. Betsie quedó atrás, en la campiña, con sus pequeños pechos secándose al sol del mediodía.

El tiempo se arrastra como un caracol moribundo. Se siente desfallecido, agotado. Todos sus músculos gritan de dolor. Apenas puede moverse, y una inmensa neuralgia amenaza con hacer estallar sus sesos. Abre los labios.

-Agua...

Se sorprende de que, definitivamente, puede articular sonidos. Separa un poco los párpados y ve una sombra corpulenta que se levanta del sillón que está al lado de la cama. Una luz se enciende, un grifo comienza a cantar. Después de unos largos y secos instantes la figura se acerca y aplica la pipeta del bib lleno de líquido de vida a sus ansiosos labios. Chupa el agua con avaricia y empieza a toser. El

extraño dice algo. No entiende lo que es.

-Gr... Gracias.

-Descanse.

-¿Quién?..

-He dicho que descanse, Anchor.

Por más que se esfuerza no consigue asociar esa voz dura y autoritaria con el rostro de algún conocido. Quisiera poder fijar sus ojos con más precisión, o ser capaz de utilizar su memoria para algo más que añorar a Betsie y los momentos que han pasado juntos.

Se revuelve entre las pegajosas ropas de la cama. Poco a poco su cuerpo va recuperando fuerzas, y su cerebro se llena de imágenes inconexas. Supone que son recuerdos inmediatos de lo que hizo antes de llegar al estado en que se encuentra.

Cae en el pozo.

Despierta de repente. Un insistente dolor de cabeza golpea su frente con la precisión de un martillo neumático. Vuelve la cabeza y por fin le ve.

-¿Quién demonios es usted?

-Parece que ya vuelve a la *vida* -hay un cierto deje irónico en la voz del tipo. Anchor siente un estremecimiento en la espina dorsal porque es evidente que sabe algo-. No se esfuerce, no me ha visto nunca, así que tendremos que hacer las presentaciones. Puede llamarme Tucker, será suficiente.

-Tucker... -Anchor repite el nombre, no sólo para anclarlo en su

inestable memoria, sino porque está seguro de que lo ha oído en alguna otra parte, quizá en algún otro tiempo.

–¿Sabe que ha estado a punto de morir?

Anchor suelta una carcajada que se convierte en un estertor. Una tos seca amenaza con reducir sus pulmones a astillas sanguinolentas. Por supuesto que lo sabe, y, ahora que conoce las consecuencias, no ve el momento de acabar con este calvario e intentarlo de nuevo.

–Tengo sed...

–Espere –Tucker se inclina y en su mano aparece un bib de agua, perlado por diminutas gotas de condensación en su superficie. Plástico helado para una garganta seca–. Tome. Y tenga cuidado.

El agua baja por la garganta de Anchor como una manada de lobos hambrientos, devorando la mucosa reseca que se asienta en las paredes, devolviéndole parte de sus facultades para respirar. El esfuerzo le hace toser. Tucker se inclina para ayudarlo a incorporarse, pero Anchor hace un gesto de tranquilidad con la mano. Quiere volver a tener el control de sus actos. Lo necesita. Siente que ha estado tanto tiempo viviendo de prestado...

–Las lecturas del autodoc dicen que ha estado a punto de entrar en coma irreversible, amigo.

–Yo no soy su amigo.

–Pues vaya considerando la posibilidad de que soy lo más parecido a un amigo que le queda por aquí.

Anchor intenta enfocar su mirada en los rasgos de Tucker. Tiene el pelo muy corto, con algunas canas en las sienes. Sus ojos son como

dos pequeñas sondas cristalinas que no pierden detalle, fríos, sin emociones que se permeen al exterior, planeando encima de una nariz tan chata que ni siquiera hace sombras sobre sus labios gruesos y agrietados. Su rostro oscuro está lleno de pequeñas cicatrices, y en el parietal derecho destella un diminuto socket que él conoce muy bien: conexión directa a una interfaz de mando táctico. Un puto militar.

–Hace mucho tiempo que me licencié, señor –Anchor no puede evitar cuadrarse mentalmente. Su instrucción de combate está grabada a fuego en cada una de las rutinas que dirigen las reacciones de su cerebro, conscientes e inconscientes.

–Lo sé –escupe Tucker, como si el hecho le produjese un asco infinito–. Vayamos al grano, amigo. Cuénteme lo que sepa sobre el experimento retropista. Cuénteme todo lo que sea sobre el paradero de Haakon.

–No sé de que me habla –Anchor siente el miedo aferrando sus testículos con una garra helada.

–Yo creo que sí, y no confunda la heroicidad con la simple estupidez. Nos ha costado encontrarle, Anchor, nos ha costado mucho esfuerzo humano y material, y ahora ni siquiera vamos a permitirle el intento de escabullirse. Escúpalo, y pronto –algo que parece una sincera preocupación aparece por primera vez en sus ojos–. Usted más que nadie sabe que nuestro tiempo se agota.

–Van a matarme.

–Si lo que sospecho es cierto no creo que esté muy preocupado por esa cuestión.

Anchor sopesa las palabras de Tucker. No es que sepa algo, posiblemente lo sabe todo, y sólo necesita una confirmación de primera mano. Dios, si pudiera pensar...

-¿Qué hay de Haakon? -Su pregunta provoca una nueva reacción en el pétreo rostro de Tucker: el militar enarca las cejas.

-Desaparecido. Creíamos que usted sabría su paradero.

-No, no lo sé. Las cosas no funcionan de forma predecible en lo que usted llama la retropista.

-Santa mierda -Tucker maldice y luego chasquea su lengua. Está pensando, Anchor ha visto ese gesto en otros muchos militares a lo largo de su puñetera vida.

Anchor no es tan tonto como para no saber que es inútil resistirse a esta clase de tipos. Si no canta todo lo que sabe por voluntad propia acabará en algún túnel olvidado de la más abyecta de las rocas con el cerebro frito por ese simpático cóctel castrense que es la neurosonda acompañada por unas cuantas ampollas de drogas de la verdad. No tendrán piedad, la piedad brilla por su ausencia en este evolucionado mundo de supervivientes que es la Migración, y más aún en los ambientes marciales. ¿Qué puede perder? Betsie está a salvo, y las dos únicas personas que significaban algo para él en esta realidad, en este universo, andan perdidas por senderos difíciles de acceder.

-Está bien, Tucker. Lo haré. Pero puede que no le guste lo que oiga, es posible que sus jefes no se lo hayan contado todo. Estamos hablando de secretos terribles.

-Ya no quedan secretos.

-Pues llámeles mentiras, podridas como cadáveres.

-Tengo un buen estómago, Anchor -hizo una pausa demasiado teatral-. Celebro que acceda a cooperar. Prefiero que sea así. Hay ciertos métodos que me repugnan, aunque no crea que dudaría ni un momento en utilizarlos si llegara el caso.

-No es necesario que me amenace. Sé perfectamente a qué se refiere.

-Correcto entonces.

Tucker pulsa algunas hebras especiales que sobresalen del complicado arabesco que es la superficie de su pad, en su caso una larga muñequera dorada en torno a su antebrazo izquierdo.

-Diga algo, Anchor.

-Añoro la campiña.

Una sombra de preocupación pasa velozmente por las pupilas de Tucker. Las yemas de sus dedos continúan posadas sobre el aparato, esperando confirmación. Un pequeño zumbido rompe el silencio de la habitación.

-Bien, empiece cuando quiera. El sensor de mi pad está ahora en fase con sus ondas vocales, y supongo que el pack de nanobots que he introducido en su cuerpo a través del agua ya habrá hecho un mapa de sus respuestas neuronales. No le conviene mentir.

-Hijo de puta.

-Vamos, Anchor. Ya sabe cómo va esto, no lo retrase más.

Anchor no puede evitar que sus ojos vayan al bib que aún reposa sobre la mesita que está al lado de la cama. El bib con el que empezó esta locura. Respira profundamente, el aire corre por su garganta

como un nauseabundo líquido caliente. Tiene otro ataque de tos.

–Estoy muy cansado –logra decir–. ¿No podemos esperar un poco?

Tucker lo mira y asiente. Antes de que Anchor pueda darse cuenta de que algo va a suceder, el militar hace un gesto diabólicamente rápido y extrae una neumo de uno de los bolsillos de su pantalón. Anchor no puede resistirse, una mano como una centella, prácticamente invisible, aplica el aparato a su hombro. Anchor siente el líquido fluir dentro de su torrente sanguíneo.

–Metaendorfinas –explica Tucker–, la alegría de la vida. Y ahora empiece de una santa vez.

Aunque sabe que es imposible que la sustancia haya empezado a hacer efecto, Anchor se siente ligeramente mejor. *Cosas de la mente, piensa, la mente que es el motor más potente del universo.* Y no puede evitar sonreír. ¿Quién sino él lo sabe mejor que nadie?

–De acuerdo –dice.

–No trate de tocarme los cojones. He tenido mucha paciencia con usted a causa de su estado, pero mis reservas se agotan con mucha facilidad.

–Todo comenzó –Anchor carraspea mientras los ojos de Tucker se clavan en él como puñales— a causa de nuestras investigaciones en el nuevo hardware de neurofilms, más o menos hace un par de meses, cuando la nave de investigación volvió de Ganímedes con la tripulación convertida en vegetales babeantes y una insospechada batería de biomuestras...

...Como sabrá, después de mi licencia obligada, y, restándome todavía un par de años de servicio, a los milicos

(perdón)

se les ocurrió asignarme a un labo civil que mantenían los militares y que estaba centrado en diseñar un nuevo proyecto para conseguir un viejo sueño: la inmersión absoluta. Esta vez contábamos con nuevas técnicas de producción de neurofilms que la Estación Hakkei había estado preparando a espaldas del CEC desde hacía bastante tiempo. Supongo que está al corriente de que durante años todos nos hemos quejado de que el hardware asociado a los sockets de conexión siguen produciendo estática neural a causa de la retroalimentación con las fibras axón... En cristiano: la identificación con los personajes no es completa.

El profesor Haakon era el que más preocupado estaba por el problema. Recuerde que el fue el que desarrolló la interfaz neural que ahora utilizamos, y se sentía impotente porque, a pesar de todos los estudios y pruebas, no era capaz de dar con la solución. Ni siquiera de acercarse a ella. Yo era para él una especie de piloto de pruebas que se zambullía una y otra vez en toda clase de neurofilms, tanteando cada tipo de personaje. Lo cierto es que jamás conseguí una inmersión como la que la Estación Hakkai deseaba.

Un día Haakon me llamó a su despacho.

Siempre le había visto en el labo de pruebas, tamborileando velozmente sobre su pad, y nunca se me había pasado por la imaginación que tuviera un despacho privado. No es que haya mucho

espacio libre en Oppenheimer, como supongo que ya sabe. De todas formas le diré que entré allí sin pedir permiso. Habíamos llegado a cultivar una cierta amistad, y no creí que me considerase alguien que se ceñía al protocolo. Al principio creí que ni siquiera se había dado cuenta de mi presencia. El viejo estaba enfrascado en la lectura de un informe del departamento biológico, y no levantó la vista de él cuando me colé en el reducido cubículo. Sin embargo, cuando buscaba algo que me sirviera de asiento, preguntó:

–¿Qué tal ha ido la prueba con Alicia y el conejo asesino?

Tendría que haberle odiado por ello. En una de sus frecuentes bromas, el profesor me había hecho sumergirme en el más abyecto de los subproductos de próxima aparición: una estúpida versión libre de la historia de *Alicia en el País de las Maravillas* con toques sangrientos en el que un inimaginable conejo psicópata perseguía a la protagonista

(una espectacular barbie creada en Gencom)

por los oscuros laberintos llenos de cookies y gentuza pestilente del último nivel de Bronx.

–Igual que siempre, doc –contesté. Haakon no apartó la mirada del holofoso–. Me sumergí primero en Alicia pero en ningún momento tuve la impresión completa de ser ella. Digamos que me veía como en un sueño, tenía sensaciones femeninas, pero mis reacciones eran masculinas.

–¿Y el conejo?

–Peor. No puede quitarme de encima la sensación de estar

contemplando un holo infantil desde un plano subjetivo.

Haakon desconectó el pad y se frotó los ojos. Los gráficos y caracteres se difuminaron en el aire como

(diminutas gotas, el agua de la cascada rompiendo contra las piedras)

una miríada de polvo de estrellas.

-Sinceramente, Anchor, ¿qué piensas de todo esto?

-No soy nadie que tenga que pensar, doc. Me limito a probar los productos.

-Vamos, Anchor. Sabes que confío más en tu intuición que en todos los datos e interpolaciones que pueda proporcionarme la red.

No niego que me sentí muy halagado en aquel momento. Creo que, en toda mi vida, ha sido la primera y única persona que no me ha tratado como un idiota.

-Bueno, yo lo que creo es que ese sintó de escopolamina no funciona como debiera para anular el control del subconsciente. Lamento no conocer las palabras adecuadas...

-Te entiendo. Perfectamente.

Siguió un prolongado silencio. Haakon parecía estar sumido en uno de sus habituales estados de meditación. Yo encendí un cigarrillo de kiff y también dejé que mi mente vagara entre las pesadas volutas mientras aguardaba a que el profesor saliera del trance.

-Hay que estudiar los hongos –susurró de repente, como para sí-, y quizá la retropista...

En aquel momento no entendí una santa mierda de lo que decía. Y así se lo dije.

-Me he perdido, doc.

-No iba contigo –noté un deje de enfado en su voz, como si hubiera roto una importante línea de pensamiento-. Puedes irte. Mañana quizá rediseñaremos la tabla de pruebas para las siguientes semanas.

Me marché sin mediar palabra, apretando el paso para que no se le ocurriera cargarme de tareas extra. Aquella noche tenía una cita con una hembra de campeonato, y mi mente estaba concentrada en esbozar la estrategia correcta para llevármela al catre después de cenar. Reconozco que de aquella estaba...

(salido)

Digamos que necesitaba urgentemente descargar toda la furia sexual que sus colegas de caqui se habían ocupado de mantener a buen recaudo durante más de dos años. En ese momento de mi vida, casi todos mis pensamientos conscientes estaban dirigidos a echar un buen polvo, sin importarme demasiado dónde ni con quién.

Al día siguiente llegué tarde al Centro por culpa de cierta insaciable señorita. Por una santa vez en mi vida, di con un alma gemela. Entré en el labo de pruebas dispuesto a descargar una andanada de excusas a un enfurecido Haakon, pero en lugar de ello me encontré con que el profesor lucía una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja, a pesar de que las bolsas bajo sus ojos eran más prominentes que nunca. Restó importancia a mi tardanza y siguió escudriñando una holosimulación de un cerebro humano que flotaba sobre el foso. Supuse que había estado trabajando toda la noche, y no me equivocaba.

-Hoy no habrá pruebas –me dijo-. Vamos a rediseñar todos los

sistemas.

–¿Puedo irme entonces?

–No. Veo que traes tu pad para variar, así que accede a la red y bájate todo lo que encuentres relacionado con el concepto Retropista – casi pude escuchar la mayúscula–. Utiliza un buscador con restricción a modo científico. Aquí tienes una clave de acceso por si encuentras información sellada –me entregó un chip que tenía grabado en su superficie el logo del Centro.

–De acuerdo.

–Ven a verme cuando te hayas empapado del tema. Quiero tu opinión.

Hice lo que me pidió. Me metí en la lib y enchufé el pad a uno de los accesos libres. No había mucha gente allí, sólo un par de jóvenes de la uni que supuse estaban investigando como perros rabiosos para pisarse unos a otros. Accedí a uno de los buscadores preprogramados y tecleé la palabra clave. Rápidamente el holofoso desplegó el resultado. Quedé sorprendido cuando vi que sólo había un par de artículos referentes al tema.

Pronto entendí el porqué. Era una idea antigua, pre-Migración, formulada en los tiempos en que a los neurofilms se les llamaba realidad virtual, o simplemente RV. El problema en aquellos días

(y sigue siéndolo ahora)

era que los usuarios siempre sabían que los paisajes en los que se movían y los personajes en los que se sumergían no eran reales. Aunque al principio se pensó que la mente podía llegar a convencerse

de que lo que estaba experimentando era auténtico, los neurólogos pronto comprobaron que el cerebro humano tenía una especie de dispositivo

(algo referente a los módulos de memoria)

eidético que filtraba las sensaciones falsas e impedía que los mecanismos neuronales llegaran a convencerse de que cuanto les rodeaba era genuino.

Entonces un par de científicos desarrollaron el concepto de la Retropista. Los dos tipos pertenecían a especialidades distintas. Yoshiro Kamura era un reputado neurofisiólogo, y Pietro Schindler una autoridad mundial en física de partículas, ciencia que yo desconocía que existiese. Aunaron sus esfuerzos y fabricaron un aparato muy costoso que, y esto nunca lo entendí bien, hacía que cierto grupo de ondas cerebrales recién descubiertas entraran en fase con las corrientes de neutrinos que bombardeaban la Tierra. En aquel momento no sabía qué demonios era un neutrino, más tarde se enterará de cómo llegué a saberlo. Resultado: el cerebro sufriría una regresión temporal al estado prenatal que permitiría una posterior programación de las imágenes mentales. Esto ocurrió antes del Acta, y muchos presos murieron, reducidos a idiotas babeantes, durante el período de pruebas de su teoría...

-Espere -ordena Tucker mientras hace el amago de desconectar el pad-, ¿intenta burlarse de mí? Sus ondas demuestran que está diciendo la verdad, pero aunque no soy científico eso huele a santa

estupidez. ¿Eso es la retropista? Me cago en...

–Le estoy contando lo que yo sé, y no estoy afirmando que sea cierto, ni que esa sea la retropista que Haakon estaba buscando. Parece que no me está escuchando con atención: le he dicho que yo era un simple piloto de pruebas, si ha leído mi expediente sabe que ni siquiera llegué a terminar el primer año en la uni.

–Estupidez –Tucker suspira— o no, es evidente que Haakon descubrió algo.

–En cierta manera, sí. Escuche, puede que Kamura y Schindler estuvieran como un rebaño de cabras... –Anchor contrae el rostro con una mueca de dolor–, pero el caso es que al viejo se le iluminaron los sesos, la bombilla se encendió cuando leyó su trabajo. Sinceramente, a mí me pareció pura y simple literatura de evasión.

–¿Se lo dijo a Haakon?

–Por supuesto...

...cuando llegué al labo le comuniqué que lo que había leído me parecía una sarta de tonterías.

–No soy un Einstein o un Hawking –le comenté–, pero me parece que mezclar corrientes de neutrinos, sean lo que sean, con ondas Alfa, Theta, y todo el resto del alfabeto griego es como hacer un guiso de fibra óptica y pretender que sea un manjar.

Haakon sonrió.

–Dame el extracto –dijo.

Saqué la pequeña ampolla de mi pad y se la tendí por encima de la

mesa. Siempre que la veo fuera me imagino a los millones de nanobots que flotan en el líquido conductor como bichitos eternamente atareados que cotejan y almacenan información dentro de su restringido mundo de paredes de cristal, ordenando los miles de terabytes que conforman mi desordenada vida desde el momento en que le solté el primer grito de rabia al mundo en el quirófano de nacimientos. Porque yo nací, Tucker. Nací. Y eso es importante, manténgalo en su mente: no fui decantando en un vientre artificial.

–¿Clave? –Preguntó el viejo.

–Es evidente –respondí–: Haakon.

El viejo volvió a sonreír. Introdujo la ampolla en su pad y tamborileó con sus dedos en la superficie. El holofoso permaneció inactivo.

–¿Qué ocurre?

–Seguramente no has activado la función de acceso público.

Sacó de nuevo la diminuta cápsula de cristal y me la entregó. En unos treinta segundos subsané el error y se volví a traspasar con un encogimiento de hombros a modo de disculpa. Repitió la operación y esta vez el holofoso se iluminó mi parpadeante loggon. Realizó el trasvase de datos y la ampolla retornó a mis manos. La introduje en el pad y esperé en silencio a que Haakon leyera la información.

–Ciertamente –dijo después de un par de minutos— es una teoría bastante ingenua –el condenado leía más rápido que un escáner–. Aunque debes tener en cuenta que se formuló hace más de cuatro siglos.

–Para mí es lo mismo. No veo cómo puede ayudarles en el diseño de

neurofilms.

–Puede decirse que las ideas de estos científicos faltos de ética me han hecho reflexionar sobre la naturaleza de la realidad. Ya conocía esta teoría, pero quería releerla a la luz de los nuevos acontecimientos.

–Doc, no creo que te tragues eso de que las corrientes de no-sé-qué pueden asociarse con las ondas cerebrales... Por cierto, ¿qué es un neutrino?

No contestó. En su lugar dijo, con voz mortalmente seria:

–En este universo nada es imposible, al menos *a priori*. ¿Crees que alguien del siglo XIX, hace seiscientos años, hubiera creído que el hombre bioadaptaría los asteroides del Cinturón para vivir en ellos, uniéndolos mediante un campo tensor de fuerzas que sólo ahora estamos empezando a comprender, construyendo una caravana de desesperados en busca de una segunda oportunidad? ¿O que podríamos sacar alimentos de granjas hidropónicas que nos siguen como perritos por el cosmos? –se detuvo, y luego dijo algo que en aquel momento no comprendí, algo que sabrá y que le sorprenderá a su debido tiempo, Tucker– Y nosotros no somos la única opción.

–No es lo mismo, doc. Esto es tangible, factible, real, los planetas y las rocas estaban allí, esperándonos, al alcance de nuestras manos...

–El Hombre, con mayúsculas, es el ser supremo de la creación, Anchor. No lo olvides nunca.

Con aquella frase, tan pesada como un transporte de basuras sobrecargado, Haakon dio por zanjada la conversación.

No volví a verle hasta una semana después, aunque ni siquiera pude

acercarme a él. Creo que recordará que los media andaban como locos en aquellos días por la nave de exploración que había regresado de Ganímedes con formas de vida autóctonas, y el revuelo que se formó porque la tripulación había vuelto convertida en poco más que zombies sin posibilidad de programación. ¿Sabe? Yo no quiero ser reciclado, no quiero que usen mi cuerpo después de muerto para meterme con las Von Neumann en las rocas mineras. He estado allí, y es una experiencia desagradable, asquerosa, que nos coloca muy lejos de ser una raza que merezca la pena...

–Corte el rollo, Anchor. No estamos aquí para que me cuente su filosofía de la vida. Hay algo que se llama necesidad, amigo. Y es duro vivir en un continuo estado de emergencia.

–Si se cree esa demagogia barata no está preparado para soportar mi relato.

–No va a conseguir nada con esa actitud.

–¿Y qué más da? Ya estoy muerto.

–Puedo prometerle que arrojaré su cuerpo al espacio. Yo mismo.

–Ya no creo en cuentos de hadas.

–Siga de una santa vez...

Anchor suspira profundamente, y se da cuenta de que las metaendorfinas han hecho bien su trabajo. ¿Por qué no seguir? ¿Qué tiene que perder?

–Bien...

..., como le dije al principio, la nave de Ganimedes fue seguramente el catalizador que precipitó la reacción en la probeta de mi destino para conformar mi agonía actual. Las muestras y los vegetales babeantes que antes habían sido aguerridos astronautas, como todo lo que huele remotamente a ciencia, se enviaron a Oppenheimer. Al Centro. Y todas las eminencias de la Migración nos abordaron como moscas a la miel para devanarse los sesos intentando destripar cada aminoácido, cada molécula, cada átomo de aquellos extraños hongos que habían llegado desde la superficie del satélite. A decir verdad, nadie prestó mucha atención a los ya condenados espacieros: nadie ponía en duda que su estado estaba directamente relacionado con aquellas cosas.

Haakon estaba entre ellos. Aunque no era especialista en ninguna de las ciencias que llevan el “bio-“ por delante, su mente privilegiada se las arreglaba muy bien para hacer un papel digno entre aquellos sesudos. Yo no hacía más que vagar por las salas de pruebas, sumergiéndome en todo tipo de neurofilms siguiendo el programa establecido por Haakon, comprobando una y otra vez que aún estábamos muy lejos de conseguir una inmersión total.

Por aquellos entonces, viendo la extraña mirada que flotaba en sus ojos, empecé a preguntarme hasta dónde estaba dispuesto a llegar Haakon para conseguir su propósito. Por si no lo sabe, le diré que era un hombre profundamente preocupado por los media, toda su vida se había dedicado a intentar edulcorar las tristes vidas de los ciudadanos de la Migración. Su familia había mantenido vivo el recuerdo de la Tierra, como una llama de conocimiento que nunca debía apagarse, y

a su vez había transmitido a todos los descendientes una honda melancolía por su pérdida, una profunda cicatriz supurante en el alma. Por eso temía que el viejo profesor sacrificaría lo que fuese necesario con tal de conseguir dotar a los nuevos equipos con una técnica que permitiese a los usuarios escapar de la opresiva atmósfera de nuestros hábitats actuales.

Ya sé que no lo entiende. A mí tampoco me entraba en la sesera por aquellos entonces. Pero debe tener en cuenta que, de un modo extraño y posiblemente maravilloso, Haakon casi *recordaba* la Tierra, la tenía clavada en lo más hondo de su alma a través de los escritos, los relatos, los multimedias de su padre, el famoso escritor N'gummo Haakon, y soñana con restaurarla en nuestros corazones a través de los neurofilms... Ahora sé que era un sueño imposible, aunque a estas alturas es muy probable que él también lo sepa.

Por otra parte Haakon era viejo. Rondaba los doscientos, y a pesar de mantener sus constantes vitales en perfecto estado, sabía que la comisión no le otorgaría mucho más tiempo de vida, por muy brillante investigador que fuese. Hay que obtener resultados para conseguir recompensas, ya me entiende. Era consciente, por tanto, de que con él se perderían uno de los últimos cerebros que aún conservaban recuerdos, aunque fueran de segunda mano, de la vieja madre. Corría su propia carrera contra el desalmado devenir del tiempo, aunque éramos muy pocos los que lo sabíamos.

¿Por dónde iba? Ah, Haakon. Sí, ya. Le decía que me daba miedo pensar en que estaba dispuesto a probar un derivado sólo conocido

por él de una tecnología obsoleta, desquiciada y a todas luces inservible... Pero aún me aterrorizaba más el hecho de que se sintiese tan interesado en los hongos de Ganimedes. Yo sospechaba lo que estaba buscando: un psicofármaco que reemplazara a nuestro superalterado y anticuado sintoide de escopolamina para anular las barreras cerebrales.

No me equivocaba.

Durante aquellos días, libre de la presión de Haakon, yo había seguido saliendo con aquella mujer excepcional que me hacía sentir como un hombre por primera vez en mucho tiempo. Marina, una chica que muchos querían para sí mismos... El caso es que le había propuesto pasar unos cuantos días que me debían de vacaciones en un renombrado hotel de Grial y ella había aceptado. Marina no lo sabía, pero yo tenía en mente hacerle una propuesta que yo consideraba muy, muy importante: pillar un contrato de matrimonio e irnos a vivir a Turinga, una roca que nos pillaba a menos de media hora de nuestros trabajos respectivos, donde alquilaban habitáculos a precio muy razonable para las parejas que querían empezar. Preparé la primera noche de estancia en Grial con sumo cuidado, y ella se dejó llevar por los senderos que yo había trazado. Por la noche,

(como si al apagón de luces cíclico pudiera llamársele así)

estando en mitad de un polvo salvaje, recibí un mensaje urgente en el pad. Alta prioridad. Me ordenaban presentarme en el Centro urgentemente. Haakon había desaparecido.

Dejé a Marina con un palmo de narices, y no he vuelto a saber de

ella. Supongo que todavía se estará preguntando qué habrá sido de mí... Y me duele. Llegar hasta aquella decisión que había tomado respecto a nuestros destinos ha sido sin duda una de las pocas cosas coherentes que he hecho en toda mi vida.

El mensaje provenía del Gran Hombre en persona, y comprendí que el asunto tenía que ser muy grave para que uno de los tipos de más peso dentro de nuestra jerarquía se pusiera en contacto conmigo. Invocaba el Acta de Seguridad, así que no tenía más remedio que obedecer como un zombie, sin preguntas. Me largué de la habitación sin excusarme, obedeciendo la voz del amo como un perro bien entrenado, y me dirigí al puerto donde, según las escuetas palabras de la misiva, me estaría esperando un delta oficial para trasladarme a Oppenheimer.

En efecto, llegué al mostrador de información y el bot escupió las coordenadas de un cuadrante en la pista principal donde el vehículo y su dotación aguardaban mi llegada. Me encaminé hacia allá a grandes zancadas, entré en la zona indicada y de inmediato un par de soldados de pista me hicieron señas para que me diera prisa. Uno de ellos todavía tenía una reproducción de mi rostro flotando blandamente sobre su pad. Sin saludos y sin miramientos me introdujeron en el vehículo y cerraron la compuerta desde fuera. Dentro me esperaba un pelotón de tipos hoscos enfundados en camotrajés que no se dignaron a dirigirme la palabra en todo el trayecto, y que ni siquiera me permitieron realizar una llamada para darle explicaciones a Marina...

–¿Cree que todo esto es realmente relevante? –Le interrumpe Tucker con sequedad— Personalmente, y creo que hablo también por mis superiores, me importan una mierda sus jodidos fracasos amorosos.

–Todo es importante dentro de un relato.

–Pues lo que pienso es que trata de ganar tiempo, aunque no sé bien para qué.

–Un poco de agua, por favor.

Tucker mira a Anchor mientras se inclina hacia él para darle el recipiente de agua. Sobre sus ojos flota una extraña sombra, un espectro de dudas que revolotea en torno a sus ojos inhumanos, como si al fin se hubiese dado cuenta de que está ante alguien que se halla perdido en un pozo demasiado negro y demasiado hondo. Anchor cree que pretende decirle algo, aunque no piensa molestarse en averiguar qué es.

–Esta agua es una mierda –susurra Anchor.

–Qué delicado nos ha salido.

–Hay ciertos matices difíciles de apreciar si has vivido toda tu vida en una roca flotante llena de domos bioacondicionados. Pero le aseguro que esto que llamamos “agua” es poco más que veneno.

Tucker suspira, parece que va a enojarse, unas pequeñas arrugas se forman en torno a sus ojos. Sin embargo sus labios se curvan levemente y susurra:

–Qué profundo.

Anchor sonríe sin mucha convicción.

–Gracias –agarra el bib con las dos manos y su mirada se pierde en el vacío, entre las sombras de la habitación–. Le estaba contando lo de los militares que me acompañaban en el delta...

...y que se negaron a darme un ComCod para enganchar la línea de Grial. Sabía que Marina se lo tomaría muy mal, aunque he de reconocer que tampoco insistí mucho. Me sorprendió descubrir que, colocando mis prioridades en una balanza, la desaparición de Haakon me preocupaba más que el hecho de haber dejado plantada en mitad de un polvo a la que podría llegar a ser mi futura compañera.

Los rostros de los tipos que me rodeaban durante el viaje me indicaron que algo verdaderamente gordo tenía que haber sucedido. Yo había sido uno de ellos, y sabía que el camotraje era parte de lo que llamaban el “pack de acción inmediata”, o sea, disturbios a la vista. Además, me preguntaba para qué santa mierda me reclamaba el Gran Hombre. No es muy normal que exijan con tanta urgencia la presencia en la cumbre de un simple piloto de pruebas. Sospechaba que el viejo había hecho algo más que desaparecer.

Llegamos a Oppenheimer en un tiempo récord. El delta aterrizó en una pista privada reservada exclusivamente para los miembros del CEC. Los militares me arrojaron del vehículo sin muchas contemplaciones, y a pié de compuerta me recogió un desliza automático que me llevó a través de túneles desconocidos para mí, con holos que advertían el “PASO PROHIBIDO A PERSONAL NO AUTORIZADO”, hasta el hangar principal de la sala de pruebas. El

Gran Hombre me estaba esperando. Uno de sus asistentes señaló en mi dirección en cuanto entré en la zona, y el jefe le ladró algo mientras se daba la vuelta y se dirigía con paso apretado hacia uno de los pequeños despachos que bordeaban el lugar.

El asistente, creo que era un T-col, me pidió alguna clase de identificación, supongo que sólo para seguir el protocolo. Extraje el chip de la parte inferior de mi pad y se lo entregué mientras procuraba que mis ojos se perdieran entre el ajetreo que nos rodeaba.

–Correcto –dijo con voz de autómeta–, sígame.

Me devolvió el chip y le seguí mientras volvía a colocarlo en su sitio. El tipo me condujo hasta la puerta del cubículo donde se había atrincherado su superior y me indicó sin palabras que entrara. Así lo hice. El Gran Hombre me esperaba tras una mesa abarrotada de fosos que desplegaban esquemas tácticos y chorradas semejantes que no me molesté en intentar descifrar.

–Tome asiento –ordenó señalándome una caja de componentes que habían colocado allí a modo de silla improvisada.

–¿Puedo fumar, señor? –Reconozco que quería hacerme el duro, el hombre de hielo, para no exteriorizar mi nerviosismo.

–Haga lo que quiera –con un gesto de su pad desconectó todos los fosos a excepción de uno en el que flotaba un informe escrito–.

¿Estaba al tanto de las investigaciones de Haakon?

–No mucho, señor –contesté mientras extraía un cigarrillo de Kiff de la pitillera y lo prendía.

Fue directo al grano.

–Ese viejo loco ha desaparecido. Me importa una mierda lo que ha estado haciendo o dónde está, pero el muy cabrón ha precintado el labo de pruebas, y las jodidas muestras de Ganimedes están dentro, junto con un rebaño de cerebritos del CEC de los que no sabemos nada desde hace más de doce horas.

No supe qué decir, así que me encogí de hombros por toda respuesta.

–Se llama Anchor, ¿verdad?

–Sí, señor.

–¿Tiene algún parentesco con Abe Anchor, diseñador de Von Neumanns?

Tragué saliva, a la vez que un viejo monstruo podrido me roía las entrañas por primera vez en mucho, mucho tiempo.

–Es... Es mi padre, señor.

–Un buen tipo –los músculos de su rostro se relajaron un poco–, le conocí hace tiempo...

Dejó la frase en suspenso, y luego sus facciones se endurecieron.

–Bien, Haakon ha dejado una ampolla codificada para que sólo usted pueda abrirla. Todo el maldito cuerpo de hackers ha intentado destriparla, por supuesto, pero no lo han conseguido. Ese cabrón es listo, desde luego.

Esperé algún comentario por mi parte, pero no llegó. Estaba demasiado ocupado en pensar en cómo era posible que uno de los más importantes tipos de la cúpula del CEC hubiera llegado a conocer al mierda de mi padre. No fui capaz de sopesar la importancia de lo

que me estaba diciendo.

-Tiene que levantar la protección y presentarme un informe dentro de diez minutos, no más. Quiero que tenga presente que no voy a tolerar estupideces por su parte.

-Estaré encantado de hacerlo en cuanto me entregue la ampolla, señor.

El ogro metió su gorda y torpe manaza en el bolsillo interior del mono de combate y rebuscó en él hasta que dio con la cápsula. Me lo tendió con dedos temblorosos y escupió algo referente al formato del informe para los pads tácticos blá, blá, blá,...

El Gran Hombre salió del cubículo y yo me quedé allí, sintiéndome perdido, apaleado por las circunstancias que me rodeaban, mirando como un bobo los reflejos de las luces sobre las paredes de cristal de la ampolla, incapaz de apartar los ojos de su pulida superficie. De nuevo me encontré pensando en los nanobots que se hacinaban en sus entrañas. El líquido era transparente, casi agua, así que deduje que había muy poca información en su interior, pues la colonia nanobótica ni siquiera era capaz de oscurecer levemente la solución salina. De pronto comprendí que, con toda seguridad, allí dentro se escondía un oscuro secreto que iba a cambiar mi vida para siempre.

Decidí actuar.

Tomé la ampolla delicadamente entre mis dedos y la introduje en el zócalo del pad reservado para la información externa. No ocurrió nada, no había pista de autoarranque, así que tuve que trabajar a la vieja usanza, pidiendo un listado del directorio raíz. Mis dedos

aletearon sobre la superficie del pad y en pocos segundos ante mis ojos se desplegó una nube azul en la que destellaba una esfera diamantina sobre la que se movía en círculos una serpiente roja que culebreaba por su superficie en un movimiento cíclico.

Mi maldito loggon.

Una luz de entendimiento se encendió en mi cerebro. Haakon era un genio. De repente comprendí algo que me había estado rondando por la mente durante los últimos días. Me había preguntado una y otra vez por qué Haakon me había enviado a buscar datos sobre aquella locura que era la retropista si él ya conocía todo sobre ella. Ahora estaba claro. Lo único que le interesaba desde un principio era tener acceso a mi ampolla principal. Él me conocía lo suficiente como para saber que yo no utilizaría una ampolla limpia para llevarle aquel escueto informe. De alguna manera se hizo con mis códigos de acceso restringido, y los implantó en aquella cápsula que ahora se alojaba en el zócalo de mi pad. Por eso los hackers no habían sido capaces de acceder a ella: el Acta protegía con firmeza aquel tipo de restricciones.

Extraje el delgado cable conector del pad y me lo enchufé al socket que se alojaba tras mi oreja derecha. Hay gente que todavía gusta de utilizar los antiguos punteros de superficie para trabajar con los archivos de edición. Yo, como bien sabrá, no tengo opciones: los militares te convierten en un cyborg de forma cómoda y gratuita. Ordené mentalmente a la pequeña flecha que hiciese click sobre mi loggon. Éste se rompió en mil pedazos que volaron hasta desaparecer del campo visual y la nube azul fundió en negro con un

rectángulo rojo en el que se leían dos palabras colocadas una sobre otra en una columna. Dos archivos.

El primero rezaba P.J.A., mis iniciales.

El segundo había sido bautizado como NIÁGARA.

Aquello fue un mazazo para mí. Me pasé las manos por el pelo y resoplé como un caballo tras una carrera alocada. Odiaba aquel nombre, cada una de sus letras, la forma que adoptaban curvas y rectas para conformar la secuencia... Lo detestaba con toda mi alma.

Por pura rabia interior intenté editar NIÁGARA para acabar con toda aquella sandez, pero el icono de acceso denegado titiló sobre la roja superficie, exigiéndome que introdujera la clave correcta para su apertura. Intenté cinco o seis palabras para entrar, pero me fue imposible. Lo dejé a un lado y centré mis esfuerzos en el llamado P.J.A. Se abrió sin ningún tipo de problemas. No recuerdo el texto exacto, pero puedo decirle que era una estúpida e intragable nota de suicidio que parecía haber sido redactada por una adolescente llorona. En ella explicaba que se había quitado la vida saliendo al exterior de la campana, y detallaba la órbita en la que encontrarían su cuerpo. También pedía perdón al Centro, y aseguraba que las compuertas del labo de pruebas se abrirían sin problemas setenta y dos horas después de su muerte.

Entendí que era una tapadera. Primero porque todo era una verdadera sarta de despropósitos, y segundo porque lo realmente importante era que la carta acababa diciendo algo así como: "...quiero que mis restos sean destruidos en Niágara CEN 22" (en aquel instante

odié un poco a mi jefe: cómo miembro de la cúpula, él tenía la prerrogativa de que su cuerpo no fuese convertido en un zombie). Haakon sabía perfectamente que yo había nacido en Niágara, y que comprendería que aquella era la clave de acceso para el archivo restringido: cualquiera que haya visto por primera vez la luz de las estrellas desde esa roca, la más pequeña de todas cuantas componen esta caravana de desesperados en la que se ha convertido la especie humana,

(si todavía cree lo que dicen sus superiores)

sabría que no existe ningún incinerador CEN 22.

Salí de la nota de suicidio y entré sin problemas en el segundo archivo. Haakon me suplicaba que me dirigiera a mi roca de origen y recogiese “urgentemente” un paquete que había enviado a la dirección de mi padre. También estaba protegido, y sólo yo podría abrirlo. Antes de que pudiese echarle un segundo vistazo, la imagen se volatilizó y el foso se apagó. El viejo no quería dejar pistas. Cuando volví a editar el contenido de la ampolla, ésta sólo contenía un archivo: la estúpida nota de suicidio. Arreglé las cosas para que la cápsula fuera de acceso público y, después de chequear cada uno de sus circuitos nanobóticos y comprobar que su directorio raíz estaba tan vacío como la superficie de Marte, la extraje de mi pad.

Una idea pegajosa y obsesiva flotaba en mi mente. Por segunda vez en menos de veinte minutos, acudía a escena una presencia que había tratado de olvidar a lo largo de los últimos diez años: mi padre.

Fui a ver al jefazo. Lo encontré en uno de los pasillos laterales del

hangar dando órdenes a un par de rígidos oficiales, probablemente chusqueros sacados de su elemento natural, que estaban en posición de firme haciendo como que comprendían cada una de sus palabras. Cuando me atendió, le expliqué como pude la gran mentira, dando falsas muestras de dolor y afectación. El ogro se ablandó un tanto, sobre todo cuando le dije que las puertas del labo se abrirían en menos de sesenta horas de forma automática. Le dije que quizá había sido la última broma de Haakon, bla, bla, bla, etcétera, etcétera. Le tendí la ampolla, sugiriéndole que sus expertos la examinaran por si había algún tipo de archivo oculto que yo no hubiera podido detectar y le dije que yo estaría en Grial continuando mis vacaciones por si me necesitaban para algo.

Otra mentira.

Sabía que me la estaba jugando a fondo, que estaba tirándome sin red hacia un vacío desconocido lleno de peligros y de monstruos cuya forma desconocía... De todos modos estaba dispuesto a hacer lo que Haakon me pedía, aunque era consciente de que volver a Niágara no iba a ser fácil. No por la distancia física que me separaba de la roca, sino por la enorme tensión emocional que la sola mención de su nombre producía en mi cerebro.

A la salida del Centro paré un desliza que me llevó a mi apartamento. Sólo me detuve para recoger algo de ropa y toda la provisión de cigarrillos que me quedaba. Cuando salí de allí, tuve la fatal sensación de que sería la última vez que lo vería. Quizá no me equivoqué, ¿verdad, Tucker? Luego tomé el gusano que me llevó al

puerto. Durante el trayecto activé un pequeño programa residente que tiempo atrás había instalado por consejo de uno de mis compañeros de correrías anti-sistema establecido. Era diminuto, casi una subrutina de aspecto inocuo, pero tenía la magnífica propiedad de desconectar la baliza que todos nuestros pads emiten de modo constante. Ahora era ilocalizable, la baliza se limitaría a transmitir las coordenadas de la habitación del hotel de Grial.

Por poco tiempo, desde luego. Como sin duda sabe, los cabrones del CEC tienen métodos más sofisticados para encontrarte. Pero en aquel momento se suponía que estaba de vacaciones en aquel lugar, y nadie se extrañaría de que no contestase a los mensajes ni de que mi posición no variara en absoluto.

Descubrí de repente que me sentía acosado. Ya no tenía ninguna duda de que Haakon había encontrado algo realmente gordo, algo que podría hacer que todos los sabuesos del CEC se pusiesen sobre mi pista.

En el puerto me llevé la desagradable sorpresa de que todavía no había deltas que fuesen directamente a Niágara. El bot del terminal de rutas me informó con precisión de los transbordos y las rutas que tendría que tomar para llegar allí. De Oppenheimer a Acrópolis, de allí a Tarantino, después a Quim-Xiao-Han y por fin un definitivo y breve salto entre este último y Topeka antes de alcanzar mi destino. Era un largo recorrido, y tardé casi ocho horas en completarlo, en un cacharro herrumbroso que parecía haber sido construido antes de la Migración. De todos modos, es evidente que llegué sano y salvo a mi

destino. En el tiempo previsto por el bot, mis pies volvieron a hollar el suelo de Hathaway, la mayor de las tres ciudades de Niágara.

Todo estaba tal y como yo lo recordaba. La misma pobreza destilándose de cada una de sus mamparas, el mismo hedor a sudor corrompido fruto del mal funcionamiento de los procesadores de aire, la misma mueca de hastío pintada en los rostros de aquellas almas en pena que constituían la población de la roca... Alquilé un desliza para evitar el uso del gusano. Mi padre aún vivía en Monroe, la ciudad más pobre, en uno de los barrios preferidos por los directores de neurofilms para reconstruir ambientes marginales.

Me zambullí en los túneles mal iluminados de Niágara, notando que los recuerdos que tanto me había costado enterrar volvían en tropel a asentarse en mi cerebro. Apenas había circulación, los marginados no pueden permitirse ciertos lujos, y tardé muy poco en llegar a Monroe. La ciudad no tiene infraestructura de magnetopistas, así que dejé el vehículo en un aparcamiento exterior y eché a andar por los pasillos estrechos y podridos de mi habitáculo natal.

Vi rostros conocidos enterrados en cicatrices y estigmas de la adicción al *rocket*. Ellos no me reconocieron, no podían, los subidones de la droga les hacían perderse en un vergel de falso placer que les lanzaba a millones de años-luz de este putrefacto mundo nuestro. Afortunadamente, comprobé que mi viejo no estaba entre ellos. Aunque aquello no quería decir nada, sólo era otra de las muchas maneras de tratar de engañarme: uno puede ponerse hasta el culo de mierda en su propia casa.

Entre el bloque celular donde malvivía mi padre. Descendí hasta el décimo nivel y toqué con mi chip la cerradura. La puerta se deslizó a un lado. Todo estaba igual de revuelto,

(y sigue así como puede comprobar)

la misma patina de suciedad que se extendía sobre los pocos muebles que se desparramaban por la estancia. Un foso abierto, permanentemente conectado a la red, escupía partículas en suspensión que bailaban una imposible danza entrópica; el viejo seguía teniendo la esperanza de que mi madre volvería algún día tras enviarle un mensaje de amor dolido, y jamás desconectaba aquel vetusto pad de sobremesa. *Cuando menos te lo esperes llegará un mail*, solía decir, *y todos volveremos a reunirnos como una familia feliz*. Lo que el pobre diablo no sabía era que yo le había seguido la pista a la vieja, y que ésta se hallaba en un sórdido burdel de Nixon, tirándose a cualquiera que le pagara una neumática de *rocket*. A pesar de todas nuestras diferencias, no tenía arrestos para decírselo.

Encontré a mi padre acurrucado en su catre, con las manos engarfiadas a un bib vacío. Sentí que un nudo de un material indefinible se extendía por mi garganta y llegaba hasta mi corazón. En aquel preciso momento lo comprendí. No era justo. El viejo era un buen hombre que había tenido la desgracia de toparse con una mala mujer. Lo perdió todo cuando ella se marchó, aunque tuvo la suerte de que le estallara una pierna en los astilleros de mantenimiento de Von Neumanns situados en Monroe. El accidente, yo siempre sospeché que lo había provocado él mismo, le proporcionó una

pensión vitalicia con la que pudo seguir tirando.

No quise despertarlo. Me senté ante el foso y revisé el mail. Allí estaba, el código de recogida de un paquete proveniente de Oppenheimer, sin remitente. Maldije en silencio cuando comprobé que el viejo ya se había hecho cargo del envío. Aquello no era bueno. Teniendo en cuenta su estado era posible que los bytes para comprar aquel bib vacío hubiesen salido de la venta del paquete. Volví hacia la cama. Lo zarandeeé con fuerza y, sorprendentemente, despertó con inusitada energía. Saltó del lecho, se frotó los ojos con los puños y palmeó para que las luces de la habitación se encendiesen por completo.

–Paul –dijo, como si me hubiese visto la noche anterior a la hora de la cena–, ¿dónde coño has estado?

–¿Qué has hecho con el paquete, pa?

–Deja que me despierte, joder, así no puedo pensar –sacó los pies de la cama y me miró a la cara con los ojos todavía entreabiertos–. ¿Tienes un cigarrillo?

Saqué el paquete del bolsillo y le tendí uno. El viejo retiró la capucha plástica de la punta y el cilindro se encendió soltando una delgada columna de humo.

–Muy sofisticado –comentó mientras se lo llevaba a los labios–, no tenemos de estos por aquí.

–Déjate de mierdas y dime qué has hecho con el envío de Oppenheimer. No intentes negarlo, he visto en el mail que ya lo has recogido.

–Creí que era de tu madre –dio una larga chupada al cigarrillo y el pequeño dormitorio fue inundado por el dulce olor del kiff–. Está por ahí, no he podido abrirlo.

–¿Dónde?

–Por ahí, joder. No me acuerdo...

Lo dejé con la palabra en la boca y empecé a levantar tuestos y a arrojarlos contra las mamparas. Sentía los ojos de mi viejo clavados en la nuca, vigilantes, atentos a cualquier cosa que pudiera ser un aliciente para la monótona existencia de su dueño. Encontré el paquete bajo una colina de camisetas empapadas por un líquido apestoso e indefinible.

–Han estado preguntando por ti –le escuché decir.

Una garra helada me pellizcó los testículos.

–¿Quiénes eran?

–Llamaban desde Oppenheimer, desde donde curras, creo.

Suspiré aliviado. Por un momento había creído que los bastardos del CEC se habían presentado en Niágara siguiendo mis pasos. Era una tontería intentar convencerme de que aquellos tipos eran tontos. *Au contraire*, eran gente muy preparada, y por supuesto que sospecharían de inmediato que aquella última frase de la nota de suicidio podía ser una clave.

–¿Qué les dijiste?

–La verdad: que el cabrón de mi hijo se había olvidado de que tenía un padre, que hacía casi diez años que no te veía ni sabía nada de ti...

–¿Algo más? –Le detuve en seco. Las verdades duelen.

-Preguntaron por un tal Jakron...

-Haakon.

-Como sea, les dije que me sonaba el nombre, pero que no sabía nada de él. Luego recordé que...

-¿Qué?

-No. Nada, nada, un viaje fantasma...

Está acabado, pensé. Y apoyé el paquete contra mi pecho. Por una vez tenía que dar las gracias a todos los dioses por las borracheras de mi padre. Sabía que lo más razonable era quedarme allí, donde no se molestarían en preguntar por segunda vez, así que me armé de valor y le pregunté al viejo:

-¿Te importa que me quede unos días?

Su cara se iluminó, sin poderlo evitar, y durante unos segundos incluso pareció que muchas de sus arrugas se suavizaban y desaparecían como por arte de magia. Luego sus ojos volvieron a apagarse, sus rasgos se endurecieron lentamente y una media sonrisa curvó sus labios agrietados.

-Si transfieres un poco de crédito a mi chip... -graznó.

Ese era mi padre.

Tucker empieza a sentir un poco de lástima por Anchor, aunque por nada del mundo se permitiría exteriorizarlo. El hombre ha dejado de hablar y respira con agitación. Sus ojos, cargados de lágrimas que pugnan por despeñarse al exterior, están clavados en un holomural que adorna la mampara que esta frente a él, una representación barata

de una Vía Láctea que gira lentamente bajo un ángulo imposible. Tucker comprende que está sufriendo, que *de verdad* está sufriendo.

–¿Quiere comer algo? Puedo hacer que nos bajen algo.

Anchor asiente en silencio. Tucker acaricia el pad y entorna los ojos. Está en interfaz con alguno de sus subordinados. Sus labios se mueven sin hablar, subvocalizando.

–He pedido un poco de pasta, y un par de litros de isotónicos.

–Me parece bien –Anchor parece recobrar parte de su energía muy lentamente–. ¿Por qué hace esto, Tucker?

Los labios del militar se convierten en una línea fina y estirada. Su mandíbula se tensa, y Anchor observa que mueve los dedos de las manos como si los tuviese llenos de pasta o algo por el estilo. Sus ojillos cibernéticos se clavan en él.

–Órdenes, Anchor. ¿No le parece una razón válida? –Tucker cierra los ojos por un instante, como si tratase de poner en orden sus ideas— No creo que sea consciente del revuelo que ha formado con su desaparición. ¿Dónde ha estado, Anchor? ¿Dónde ha estado realmente?

–No me he movido de aquí, Tucker. Niágara ha sido el comienzo y el final de mi viaje. Lo que usted busca es el interludio, y le aseguro que jamás habrían podido localizarme allí. Tenga paciencia, Tucker. Lo comprenderá todo a su debido tiempo.

–Tiempo es lo que no tenemos, aunque sea una frase muy manida.

Anchor sonríe débilmente.

–¿Es usted creyente, Tucker? ¿Tiene alguna clase de credo, alguna fe?

-No. Creo en mí mismo, como todos. Y a veces ni siquiera eso.

-Usted lo ha dicho –se revuelve lentamente entre las húmedas ropas del lecho, y un exangüe grito ahogado escapa de su garganta-. Como todos. Quizá el fallo más terrible de nuestro sistema sea precisamente ése: que nadie crea en nada.

-¿De qué se queja? Sabe tan bien como yo que hace siglos que el Hombre dejó atrás la cultura del pensamiento y la reflexión.

-Tiene razón. Demasiada razón.

-¿Se ha convertido en un místico o algo por el estilo?

-Más de lo que cree.

Un pesado e incómodo silencio les abraza. Tucker sabe que no debe atosigar a un prisionero que se ha prestado a colaborar, pero es evidente que la impaciencia le devora. Contempla a Anchor, que en este momento observa, con un extraño rictus dibujado en el rostro, las escuálidas formas de su achocolatada piel. Es evidente que antes había músculos desarrollados bajo la estriada epidermis... Ahora parece la carcasa de un insecto moribundo.

-Mi padre –la voz de Anchor tiembla— intentó hacer que mi estancia en Niágara fuese...

...lo más llevadera posible. Yo era consciente de que se esforzaba en no beber demasiado, en dar una falsa impresión de seguridad ante su hijo pródigo que había vuelto al hogar después de tanto tiempo. Pero apenas lo conseguía. Su razón estaba tan podrida, tan inmersa en el pozo negro de la desesperación que a veces dudaba que fuese un

cerebro humano el que regía sus acciones.

Cuando llevaba allí aproximadamente tres días cometí la temeridad de llamar al Centro para averiguar si las puertas del labo se habían abierto o no. Le confieso que tenía miedo de abrir aquel santo paquete que reposaba bajo una pila de holozines antiguos en un rincón del apartamento del viejo, y quería saber más sobre las acciones de Haakon antes de hacerlo. Presentía que era una especie de caja de Pandora que soltaría los demonios sobre nuestro fragmentado mundo.

Llamé emulando la señal de Grial, por supuesto. El Gran Jefe estaba echando chispas cuando conseguí contactar con su despacho. En efecto, el labo se había abierto en el plazo previsto. Los científicos habían sido hallados en un estado lamentable, casi todos al borde de la reversión por una sobredosis de alfa-escopolamina. Las muestras de Ganimedes no estaban allí. Qué extraño, qué increíble, qué falso... No había que ser una IA para saber dónde estaban aquellas malditas cosas.

Intenté por todos los medios que mi rostro no mostrara ninguna de las dos millones de emociones enfrentadas que en aquel momento cabalgaban por mi interior. Haakon debía haberse vuelto loco para sustraer aquellos hongos, la primera prueba de vida

(más allá de una bacteria)

no terrestre en toda la historia del Hombre. Recuerdo que una angustia tangible y opresora se apoderó de mí, y que en lo único que podía pensar era en que el ogro no se diera cuenta de que unas gotas

de sudor frío comenzaban a deslizarse por mi frente.

–¿Quiere que me presente allí? –Era lo único que podía decir dadas las circunstancias.

–No es necesario. Puede continuar con sus vacaciones por tiempo indefinido: hemos suspendido todos los programas de pruebas del Centro. Deje su paradero en el mail si sale de Grial. No tengo que decirle que esto se ha convertido en un código Alfa.

Joder, pensé, los milicos han tomado las riendas, y eso no me va a llevar a nada bueno. Ahora sí que tendría que evitar por todos los medios que averiguaran mi paradero, la última frase de la nota de suicidio era demasiado comprometedora. Sentí miedo, porque daba por hecho *(y no me equivoqué)*

que alguna de las calculadoras con patas del cuerpo de seguridad sumaría dos y dos en breve y resolvería la ecuación que les conduciría hasta el maldito paquete.

Debí callarme entonces y cortar la comunicación, pero no pude evitar hacer una pregunta que me comía las entrañas:

–¿Han encontrado el cadáver de Haakon?

–Una mierda es lo que hemos encontrado –explotó el Gran Jefe–. La órbita descrita en la nota correspondía a una elíptica-basura. Los chicos estuvieron a punto de palmarla con la bromita de Haakon. Si no llega a ser porque usaron una sondabot para la aproximación principal los chicos de la milicia estarían a estas horas girando alrededor del CEC convertidos en desechos orgánicos.

–¿Por qué?

–Joder, Anchor, parece mentira que tenga adiestramiento militar. Le he dicho que era una órbita-basura, escoria metálica procedente de los astilleros girando en torno a la roca. Sabe muy bien que los cascos de los deltas no están preparados para soportar impactos de ese tipo.

–Fue una putada, ¿verdad? Pero podían haber comprobado la órbita antes de enviar nada.

El Gran Jefe contrajo los músculos de la cara en un rictus de ira.

–Fue intento de asesinato –dijo arrastrando mucho las palabras e inclinándose sobre el objetivo de la holocam–. Escuche: aquí está todo patas arriba. Tengo a toda la cúpula del CEC pidiendo a gritos mis cojones. Si alguna vez encontramos a ese viejo loco, dé por seguro que no saldrá de un campo extático de Alcatraz hasta que la santa Humanidad haya encontrado un sitio donde posar el culo.

Sabía que me estaba intimidando. A su manera me estaba ofreciendo la oportunidad de delatar a Haakon y evitar que mis huesos acabasen en alguna roca presidio.

–Es lo justo –murmuré.

–Es todo –dijo–. No olvide advertirnos de sus cambios de localización.

Cortó la comunicación y yo me quedé en la penumbra del apartamento intentando ordenar mis pensamientos, mirando estúpidamente la superficie de mi pad y las pequeñas partículas en suspensión que todavía revoloteaban en el foso.

–Estás jodido –dijo una voz a mis espaldas. Giré la cabeza y vi a mi padre apoyado contra el hueco de la compuerta de entrada–,

realmente jodido.

-Lo superaré.

Mi padre entró cojeando en el habitáculo. Su ortopierna necesitaba un reajuste desde hacía años, pero él se negaba a solicitar el Auxilio Social para realizarlo. A su manera era un tipo orgulloso, y creo que en su interior pensaba que aquella cojera tenía algo de romántico, algo que olía a los tiempos en que el ser humano no tenía un completo control sobre el cuerpo y sus componentes. Se sentó en la única silla de la habitación que no tenía nada encima.

-Anda, dame uno de esos quitapenas

Le entregué un paquete de cigarrillos y tomó un par de ellos. Retiró las capuchas y me dio uno a mí.

-No he sido un buen padre, ¿verdad?

-Si tuviera otro con el que compararte te lo diría, pero de momento tú eres el único que tengo.

Esbozó una sonrisa. Mi padre era muy dado a empezar las conversaciones de esa forma: por sorpresa. Yo nunca había sabido adelantarme a él. En nada.

-¿Recuerdas cuando te enseñé los antiguos nombres de las rocas?

-Sí -dije, sintiendo que algo cálido se revolvía en mi interior-. Por aquella época yo creía que la humanidad siempre había vivido en los asteroides.

Esta vez el viejo se rió con ganas. Quizá fuese la primera vez en años que lo hacía. Sus ojos se iluminaron, y por un momento se pareció a aquel hombre que yo recordaba, al héroe que alegraba las noches de

un niño lleno de imaginación cuando las contracturas de los biodomos poblaban la noche de chirridos y gritos metálicos.

-¿Cuál era el nombre de Niágara?

-Interamnia –contesté de manera automática.

-¿Y el de CEC?

-Ceres.

-¿Y el de Tijuana?

-Cibeles.

-¿Vaticano?

-Vesta...

Así seguimos recordando los nombres del antiguo Cinturón de Asteroides durante un buen rato. Mi viejo sonreía y yo me sentí un poco más feliz viendo que aquel simple juego de mi infancia conseguía aliviar un poco el dolor de las heridas de su alma.

-Veo que no has olvidado lo que te enseñé –dijo mientras tiraba la colilla al suelo y la autobaldosa se encargaba de engullirla con un sordo *plop*-. Después de todo, la herencia de tu padre no se compone sólo de disgustos. Te apuesto a que no hay ni diez personas en toda la caravana que sepan los nombres de los asteroides.

-Seguro que no. De hecho, el único que conozco aparte de ti, es Haakon.

-Me suena ese apellido. ¿Tiene algo que ver con los neurofilms?

-Sí –contesté. Estaba asombrado de que mi padre conociera algo que estuviese fuera del radio de acción del *rocket* y los brebajes que se destilaban en Niágara-. En realidad ha sido el que ha desarrollado las

nuevas técnicas de inmersión. Estaba trabajando en un proyecto para conseguir la identificación completa, yo era su piloto de pruebas...

-O su conejillo de indias. Has dicho *estaba*, ¿qué ha sido de él?

-Ha desaparecido.

-Tenía que ser un pez gordo, no solemos recibir comunicaciones de Oppenheimer aquí en Niágara. Todo lo más del CEC, y sólo para exigir la cuota de Von Neumanns pertinente. Es evidente que la jerarquía quiere olvidar a las rocas de vanguardia, por si la Heliosfera y el Oört no son tan inocuos como pensaban los que desarrollaron el proyecto.

-¿De qué santa mierda estás hablando? ¿Otro de tus desvaríos?

-Dame otro cigarrillo.

Se lo di, pensando que iba a escuchar otra de las fantasías alcohólicas de mi viejo. Había sacado un bib de uno de los bolsillos de su sucio y raído mono, y chupó de la pipeta mientras yo descapuchaba otro cigarrillo de kiff y me lo ponía en los labios. Me ofreció un trago y lo acepté. Sabía a rayos, pero calentaba el estómago. Mi padre me miró con sorna, como se mira a un chiquillo que ha hecho una pregunta tan evidente que provoca la hilaridad de su progenitor. En sus ojos inyectados en sangre apareció una sombra oscura, que yo reconocí bajo la forma de un gran secreto que estaba a punto de salir de sus labios.

Tuve miedo.

Un miedo que me hizo pensar en lo equivocado que había estado respecto a él y sus historias de...

–¡Anchor! ¡Anchor, ¿qué coño le ocurre?!

Tucker se levanta del asiento como movido por un resorte. La cabeza de Anchor ha caído a un lado, y un hilillo de baba se desliza por la comisura de sus labios.

–Anchor, joder...

Anchor no le escucha, no le ve, no siente nada. Sólo la atracción del vórtice, la garra del tiempo y del espacio, y cae hacia atrás por la puerta trasera del universo...

SAUCEMATA, CUADERNA DEL MAR INMENSO – 2559 A.D.

El olor le ataca las fosas nasales con saña. Es una aroma intenso que mezcla el sudor animal con una leve pero constante base de naturaleza en explosión. Quizá la campiña, un establo, el heno, las vacas, las gallinas... Un cloqueo que estremece hasta la última fibra de su ser le hace abrir los ojos.

Cuando ve lo que ve queda congelado por el pánico.

Una forma humanoide se alza ante él. Tiene un rostro que parece humano, aunque sus rasgos están deformados por colonias de hongos verdosos que crecen en cada una las arrugas de su cara, como si éstas fuesen valles llenos de florida vegetación. El pelo crece alrededor de su cráneo a modo de ramas de árbol que se extienden en todas direcciones. La figura es alta, y le sonríe mostrando una dentadura por la que se mueven pequeños gusanos y otras formas de vida que

no es capaz de identificar, aunque le recuerdan a pequeñas sanguijuelas doradas. Su cuerpo tiene el color de la tierra húmeda, y se estremece siguiendo una pauta fija. Colonias de musgo se extienden por toda su superficie.

No puede ver más. El ser se acerca en un movimiento increíblemente rápido y lo atrapa entre sus brazos nudosos que apestan a desechos orgánicos. Vuelve a emitir cloqueos, chasquidos intermitentes que su cerebro empieza a descodificar paulatinamente. Su tono es inconfundible. Alegría, alegría más allá de toda duda.

Ya ha pasado por esto, y no se le escapa que la situación es demasiado parecida como para ser fruto de la pura casualidad. Aunque el olor le asfixia, su cuerpo siente que está en casa, que es así como deben ser las cosas.

Escucha un murmullo ahogado y un ruido atronador que le recuerda el monótono pero potente batir de los pistones de los procesadores de atmósfera. El ser se aparta y su campo de visión se amplía. Está en una especie de cabaña, y el sol del mediodía penetra por las aberturas del techo y se inclina a través de una especie de puerta. Un tropel de seres parecidos a su anfitrión se cuele por ella, todos parecidos pero imposiblemente distintos.

Se abalanzan sobre él y ...

La niebla, el vórtice, el pozo que le atrapa...

NIÁGARA, EN TRÁNSITO – 2753 A.D.

Vuelve boqueando, por un momento incapaz de respirar el asqueroso aire reciclado de Niágara. Anchor se debate en el lecho, chillando como un cerdo en el matadero, y Tucker empieza a sentirse sobrepasado por todo lo que está sucediendo.

–Es... Es verdad –logra articular sin dejar de revolverse, como un enfermo terminal atacado por dolores indescriptibles–... Oh, dioses, es la santa verdad...

–¿Anchor? –Aunque intenta ocultarlo sus palabras están impregnadas por hilachas de pánico– ¿Qué ha sucedido? Hable, por todos los infiernos...

–Agua... Tucker, agua.

El militar se apresta a entregarle el bib. Anchor aspira el líquido atrapando la pipeta entre sus labios como un recién nacido. Espasmos y calambres recorren su cuerpo y una sombra oscura como el espacio más profundo se está extendiendo progresivamente bajo sus ojos. *Se muere*, piensa Tucker sin poderlo remediar, *se está muriendo*.

Tucker deja pasar un período prudencial de tiempo antes de volver a hablarle. Le da la impresión de que Anchor ha vuelto a caer en uno de sus breves estados de sueño. Al menos su respiración es tranquila. No sólo eso, ya es un milagro que respire. Tucker no sabe lo que ha pasado, sólo Anchor tiene la respuesta. Lo que sí comprende a la perfección es que el desecho humano que está junto a él ha dejado de

respirar durante unos instantes. Y eso le asusta, por supuesto, porque hace que su tarea se complique aún más.

Tucker tiene un sobresalto cuando, de repente, una hilera de sonidos arrastrados rompe el silencio.

–¿Alguna vez ha pensado en la muerte, Tucker? –La voz de Anchor sale de su boca como una cascada de mierda.

–Muchas.

–Le confieso que yo no –hace verdaderos esfuerzos para que sus ojos enrojecidos nos se cierren–. Me creía seguro dentro de nuestros ataúdes de plasmatal, y pensaba que todavía me quedaba mucho tiempo por delante. Acabaría convertido en un santo cyborg parchado con repuestos nanobóticos, y después en un zombie que ya no tendría que molestarse en pensar en el más allá...

–Nos quedamos sin tiempo, Anchor.

–Es cierto –sorbe otro trago del bib e intenta incorporarse ayudándose con sus manos temblorosas, pero sus brazos parecen haberse convertido en dos columnas de mantequilla y vuelve a caer hacia atrás–, es cierto.

–Me decía que su padre iba a contarle un gran secreto...

–Sí –sus ojos recuperan en parte un brillo que les acerca a la normalidad–, un secreto, aunque, en realidad, ...

...fueron varios, piezas retorcidas que conforman ese gran puzzle de mentiras que llamamos la Migración.

Mi padre siempre fue un poco teatral, y en aquella ocasión

aprovechó que mis defensas estaban bajas para serlo aún más. Dio dos o tres largas chupadas al cigarrillo de kiff y luego me miró, estudiando hasta qué punto estaba harto de esperar.

–Si no te importa –comenzó–, me gustaría empezar por el principio. Me ayuda a ordenar las ideas –negué con la cabeza, ansioso por escuchar lo que tenía que decir, pero sin querer que se me notara en exceso–. Un buen día, el planeta Tierra despertó (o se acostó, en aquel tiempo dependía de los hemisferios) con un par de miles de millones de almas menos.

»Corría la mitad del siglo XXI, aunque quizá fuese un poco antes, no lo recuerdo con exactitud, y a una panda de fanáticos integristas de alguna de las antiguas religiones les dio por soltar un virus de diseño en uno de los aeropuertos más masificados del mundo. Me parece recordar que fue el de Dhule, Thule, o algo así. El caso es que en muy pocas horas una gran multitud de países de lo que llamaban el Primer Mundo se vio infectada por un enemigo implacable contra el que no tenían defensa...

–Eso es demasiado al principio, ¿no crees, pa? –Le interrumpí.

–¿Cuántas veces te he dicho a lo largo de tu vida que todo es importante en un relato?

–Demasiadas.

–Pues entonces cierra el pico de una santa vez y quédate ahí callado. Estás más guapo –me guiñó un ojo y continuó hablando–. El caso es que tuvimos que salir de la vieja madre por culpa de los cabrones de nuestros antepasados. Es curioso que, después de miles

de años de historia sobre la tierra, a nuestros queridos predecesores sólo le hizo falta un centenar para acabar con el equilibrio natural del planeta. Que el diablo les arañe las entrañas por toda la eternidad.

»La plaga acabó con buena parte del resto de la población en cuestión de veinte o treinta años. Sólo los congénitamente inmunes, las cúpulas de gobierno de una decena de países y ciertos holdings secretos lograron sobrevivir. En total no más de quinientos millones. Hubo hambrunas, por supuesto, y el hombre conoció sin duda la peor época de toda su historia. Esto ya lo sabes, Paul, todo el mundo lo sabe. Sabemos que ciertos sectores de la ciencia no tuvieron más remedio que echar mano de los descubrimientos que mantenían ocultos al público, y que los militares pusieron a disposición del Acta la tecnología aeroespacial necesaria para escapar de aquella cochambre.

»Se llegó a Marte, la luna ya estaba conquistada. Se establecieron colonias, pero no duraron mucho. Ciertos sectores continuaban empeñados en mantener una genética decadente, promulgando la endogamia en los asentamientos. Fue un desastre, porque el virus reapareció de repente y atacó sin piedad los domos. Sin piedad. El sueño de la conquista real del espacio se desvaneció en el tiempo y el espacio sin dejar rastros...

Tomó un largo trago de la pipeta y entornó los ojos. Intentaba poner en orden sus ideas. Hasta allí no había aportado nada nuevo, y no

comprendía qué tenía que ver toda aquella basura con la Heliosfera y el Oört... Que, por cierto, en aquel momento no sabía lo que eran. No se preocupe, Tucker, sé que usted tampoco ha oído hablar de ellos. Pronto lo hará, o así lo espero.

–Habiendo aprendido la lección –continuó el viejo–, se pensó en los asteroides más allá de la órbita de Marte. En un principio se había pensado en ellos como meros productores de minerales, reservas naturales para cuando se agotaran las ya mermadas infraestructuras metalúrgicas de la gastada Tierra. Conformaron un equipo, un Proyecto: el CEC, nuestro bienamado Consejo de Evacuación Central...

–Y llegamos al Cinturón –le corté secamente— y lo colonizamos, aplicamos el recién descubierto campo tensor de Barreiros, juntamos las rocas, bioacondicionamos el sistema estático resultante y nos las piramos como uno solo para encontrar algún lugar donde asentar nuestra santa sociedad. La famosa “Huida Hacia Delante”. Vale, ¿y qué más?

Mi padre soltó una carcajada que sonaba como un desgarrón de vacío.

–Eres un ingenuo, Paul –escupió–, y no te culpo. ¿Cuántos habitantes crees que tiene la Migración?

–Joder, pa, no los he contado nunca.

–¿Piensas que hay aquí quinientos millones de almas? ¿Quinientos millones más su descendencia de quince generaciones?

–No tenemos descendencia.

–¿Y tú qué eres?

–Un error permitido –sentí un picor en lo más hondo de mis ojos, y un nudo que me aprisionaba la garganta–, aunque no sé por qué.

El viejo suspiró. Me di cuenta de que mi puñal se había clavado hasta la empuñadura.

–Es verdad que la natalidad está controlada. Pero tú no eres un error, fue una decisión consciente –tragó saliva y se endilgó otro trago. Luego añadió–: No siempre he sido el despojo que tú crees que soy. Sé todas esas cosas porque antes yo era uno de ellos, yo pertenecía al CEC.

Aquella última frase cayó sobre mí como una maza, más bien como un puñetazo en la boca del estómago. Ahora lo comprendía todo. El Gran Jefe, Haakon,... Todos parecían conocer al bueno de Abe Anchor. Todos unidos, todos miembros de esa alegre pandilla que se dedica a hacer la vida imposible a lo que queda de humanidad.

–¿Y por qué te botaron? –Fue lo único que acerté a decir.

–Fui yo el que se largó.

–¿Y te viniste a esta santa roca de mierda? ¿A Niágara?

–No –rió entre dientes–, ese fue el castigo por mi deserción. ¿Quién cree en las tonterías que salen de la boca de uno de los despojos que habitan Niágara? Nadie –me miró con los ojos chispeantes–. Nadie, ¿no es cierto, Paul?

Asentí en silencio, con las lágrimas a punto de despeñarse desde lo más hondo de mis ojos.

–Nadie –repetí, con un tono de disculpa que esperé que mi viejo

captara sin problemas.

–Nos hemos desviado de la corriente principal –se pasó el dorso de la mano por los ojos y sorbió la mucosidad de su nariz haciendo un sonido que me revolvió las tripas–. Dame otro cigarrillo. Gracias. Bien, aún no has respondido a mi pregunta, ¿cuántos habitantes crees que habitan la Migración?

–Sigue, pa. Sabes perfectamente que no lo sé.

–Yo te lo diré: no llegan a los cinco millones. No tenemos sitio para albergar más, por eso la natalidad está restringida.

–¿Y los zombies? ¿Por qué no nos deshacemos de los muertos en lugar de conservarlos?

–Alguien tiene que hacer las tareas engorrosas en nuestro jodido estado del bienestar. Además, los zombies no duran mucho. Pero te has vuelto a desviar de la cuestión, o quizá es que no has estado prestándome atención. Lo realmente importante es lo que sucedió con el resto de la raza humana, con los aproximadamente cuatrocientos noventa y cinco millones restantes.

–Murieron, pa. No lo consiguieron, somos todo lo que queda de ellos.

–No, Paul, eso no es cierto. En realidad somos lo que queda de un hatajo de cobardes que están abocados a morir.

–Vamos, pa, no empieces.

–Es la verdad. Escucha. No toda la humanidad quería embarcarse en una huida suicida por el cosmos que no ofrecía la más mínima garantía. En esencia se formaron tres bandos, los que en las cúpulas

de poder se conocen como los Verdis, los Teks y la Migración.

»Los Verdis son los más numerosos, se quedaron en la Tierra y ahora son dueños de ella, una sociedad eminentemente ecologista, bioadaptada y mutada para ser poco más que extensiones de su entorno. No utilizan herramientas ni tecnología tal como nosotros la entendemos, sus comunicaciones y la facturación de recursos se obtienen por medios exclusivamente biológicos. Son casi plantas, Paul, y según tengo entendido a menudo se comportan como ellas.

-No puedes saberlo, nadie puede.

-Te equivocas. Enviamos sondas, continuamente.

-No tenemos tecnología para que las comunicaciones con la sonda se realicen de forma instantánea.

-Ni hace falta. Sabes que la Migración tiene tiempo. Oh, sí, todo el tiempo del mundo. Los bichos van, graban todo lo que pueden hasta que sus ampollas están llenas de datos y luego vuelven. ¿Su viaje dura unos ocho años, diez? ¿Qué demonios importa?

-Si tú lo dices...

-Luego tenemos a los Teks -continuó mi padre-. Esos viven en la luna, en las instalaciones de las antiguas colonias. Ellos se autodenominan Paraíso, ¿sabes por qué?

-No.

-Porque están enchufados desde que cumplen los dieciocho años a un mundo artificial generado por una red muy parecida a la nuestra. De hecho, seguramente es su hermana menor.

-¿Neurofilms? -El relato de mi padre estaba empezando a

interesarme.

-No, nada de eso. Tienen una conexión neural directa y eterna, se alimentan de sueros y porquerías semejantes que les nutren de forma cómoda y automática.

-Eso es imposible, pa. Te lo estás inventando. Alguien tiene que mantener esa sociedad, educar a los niños, reponer la infraestructura dañada, atender a los enfermos, reparar equipos,... No vayas a decirme que todo lo hacen los bots porque no me lo creo.

-Utilizan zombies, como nosotros...

Como usted, Tucker, estaba empezando a hartarme de todo aquello. Así que le corté de un modo seco e hiriente:

-Basta, pa. No te ofendas, pero todo esto no me parece que sea más que un desvarío de borracho -pude ver que mis palabras le habían herido profundamente-. Compréndeme, empezaste con eso del Art y la no-sé-qué-esfera y has terminado por decirme que todavía quedan compis ahí abajo. Esto no hay quien se lo trague.

-El Oört y la Heliosfera.

-¿Qué coño es eso?

-El primero es otra especie de cinturón de asteroides que nos espera en los límites del sistema solar, un cinturón muy poco denso, pero peligroso para nuestra pequeña caravana de locos. Lo segundo es un desfiladero de vientos solares que pueden mandar al traste toda la red, y seguramente lo hará porque esos vientos están compuestos de partículas cargadas que volverán majaretas a todos nuestros sistemas nanobóticos.

Mi viejo cogió aire y esperó mi reacción.

–Es mentira.

–Es una verdad oculta –tiró la colilla al suelo–. ¿Alguna vez has estudiado astronomía, Paul? ¿Tienes alguna noción de Astrofísica? ¿Sabes algo de partículas? Te reto a que busques en la red cualquier cosa que tenga que ver con... Por ejemplo, la estructura interna de las estrellas. No encontrarás nada. Pero ellos sí lo saben, lo conocen todo, sobre todo tu amigo Haakon...

¿Haakon?, pensé, *¿el buen doctor?* No lo creía. Aunque algo me rondó la cabeza: haces de neutrinos, la loca idea de la retropista...

Sin que yo pudiera evitarlo, mis dedos volaron hacia la superficie del pad...

–No pienso seguir aguantando esto ni un minuto más –la voz de Tucker es como un jarro de agua fría en los oídos de Anchor–. ¿No cree que se está acercando peligrosamente a un punto en el que mi paciencia se agotará?

–Es como lo recuerdo.

–Le diré algo, Anchor. No me está contando nada que no sepa ya, y eso me pone muy nervioso.

–¿Lo confirma? ¿Confirma la gran mentira? –Anchor se ha desinflado. No sabe muy bien lo que esperaba, pero desde luego no estaba preparado para la inmaculada y pétrea frialdad del rostro de Tucker.

–¿Por qué no? Lo que me sorprende es que llevemos tanto tiempo

viajando por el espacio y nadie la haya descubierto por su cuenta.

–Aquí todo es demasiado fácil, ¿por qué iba a preocuparse nadie en descubrir las mentiras? Incluso los que son como yo se dejan llevar por ellas, no se plantean que la realidad pueda ser de un modo diferente.

–Muy bonito –Tucker chasquea la lengua y se inclina sobre el hombre que agoniza frente a él–. Escúcheme bien, Anchor, y marque mis palabras: es su última oportunidad. Le dejaré hablar, todo lo que quiera, pero como no me complazca lo que escuche su cerebro quedará en un estado tan lamentable que no podrán convertirlo ni en papilla para alimentar zombies. Créame, no tengo nada personal contra usted, pero no me importará hacerlo con tal de cumplir la misión que me han encomendado.

–Le creo. Pero no puedo evitarlo. Llegar a intentar encajar todas las mentiras y medias verdades en el orden natural de las cosas no fue fácil para mí. Estoy demasiado implicado emocionalmente en este relato como para que éste resulte interesante –Anchor se detiene durante una décima de segundo–. Iba a decirle que lo siento, pero no sería verdad.

–Continúe, y mantenga en mente lo que le he dicho.

–Mi padre...

–Espere, no siga con la vaina de su padre. Directamente al paquete, eso es lo que nos interesa a nosotros.

Anchor lo mira con rabia mal contenida. Tucker sabe que, si tuviera fuerzas suficientes, se abalanzaría sobre él con la intención de

degollarle. Piensa que resultaría divertido.

-Mi padre...

...terminó su relato muy entrada la noche, y se fue a una de las tabernas del nivel cinco a dedicarse a la sana tarea de perder la consciencia. Yo me quedé solo en el amplio salón del apartamento, recapacitando sobre todo lo que había escuchado, intentando comprender el motivo de la renuncia de mi padre al CEC, queriendo interpretar las causas que le habían llevado a mantenerlo oculto ante mis ojos hasta aquel día... Las cosas hubiesen sido de otro modo si mi padre me hubiera explicado su pasado, si se hubiera tomado la molestia de verme como a un ser humano, signifique eso lo que signifique. Quizá, no, seguro, yo habría estado muy orgulloso de él, de su arrojo, de su romántica visión de la...

Vale, vale, Tucker, tranquilo. Ya empieza la parte que usted quiere oír.

Como decía, me quedé solo, con las luces apagadas. Intentando poner mi mente en orden. Por unas horas me había olvidado por completo de Haakon y su santo paquete, y ahora me veía en esa parte de la aventura en la que había de tomar una decisión crucial: cagarla por completo o tratar de recuperar a Marina y convertirme en un borrego más. Sabía que el Gran Jefe pasaría de mí si le entregaba el dichoso contenido del envío de Haakon. A partir de ahí no recuerdo gran cosa de aquella noche porque me quedé completamente dormido, supongo que cansado por la tensión del tira y afloja mental

que había sostenido con el viejo.

Me despertó la chirriante voz del bot del apartamento avisándome que alguien esperaba para entrar y solicitándome el permiso para abrir la compuerta. Instintivamente miré hacia el crono que titilaba en la pared y comprobé que eran casi las siete de la mañana. Jamás olvidaré esa hora. Lo primero que pensé fue que me habían descubierto. Era lógico, ¿no? Corrí hacia el montón de holozines y atrapé el paquete de Haakon. No sabía qué hacer, dónde esconderlo.

-Imagen -dije.

El foso que había a un lado de la compuerta se activó y compuso la figura preocupada de una poli de nivel, una chica bastante guapa a la que el mono gris le sentaba estupendamente. Su cara expresaba preocupación y no dejaba de balancearse apoyando su peso en un pie y en luego en el otro alternativamente. Podía ser una trampa, pero no lo creía. Decidí arriesgarme. Volví a dejar el paquete en su sitio y me dirigí a la puerta mientras decía:

-Abre.

La compuerta se corrió hacia un lado y la poli pegó un respingo cuando me vio surgir de entre las sombras.

Me miró de arriba abajo, un poco más calmada, y entró en el apartamento sin pedir permiso. Por deformación profesional, creo, dedicó unos segundos a pasear sus bonitos ojos verdes por la semipenumbra de la habitación. En aquellos momentos, recién llegado de los brazos de Morfeo y con una mala leche impresionante, no tenía ganas de nada. Así que pregunté:

–¿Y bien?

Ella pareció regresar de otra realidad muy lejana. Volvió a escudriñarme, esta vez con más detenimiento, y dijo:

–El propietario de esta celda ha muerto.

Nada más. Nada menos.

–No creí que fuera a encontrar a nadie aquí –continuó–. El viejo Abe no solía recibir muchas visitas. A propósito, ¿quién coño es usted?

–Su hijo –repliqué, con lágrimas amargas resbalando por las comisuras de mis labios–, su hijo. Su único hijo.

–No sabía que Abe tuviera un hijo –la chica parecía más una publi que una agente del orden; su voz tenía ese tono monocorde y aburrido de los que intentan venderte algo sin mucho convencimiento–. Así será mejor, supongo que usted se encargará de los efectos y todo el papeleo.

–¿Dónde está su cuerpo? ¿Cómo murió? –Sinceramente no sé cómo pude articular las palabras, tenía esa sensación aplastante de estar todavía inmerso en una pesadilla pegajosa de la que es difícil salir.

–Su cuerpo ya ha sido enviado a programación...

La chica se detuvo al ver el rictus de cólera de mi rostro.

–Es la Ley –añadió a modo de disculpa, como si se hubiera dado cuenta en ese momento de que estaba hablando con una persona y no con un bot–. Murió en Jade's. Era de esperar. No quiero ofenderle, pero su padre estaba condenado a que le ocurriera esto tarde o temprano. Demasiado *rocket*, o demasiada mesca, ¿quién lo puede saber en estos momentos? Saldrá en el informe que los de

Programación emiten cuando reciben un cadáver –vivo que no reaccionaba y se acercó un poco más a mí–. Puedo conseguirle una copia si le interesa.

Negué con la cabeza, incapaz de emitir sonido alguno.

–¿Se quedará por aquí? –Preguntó.

Asentí en silencio y le indiqué con un gesto que se fuera, que me dejara a solas con mi pena y mi desconcierto. Ella echó un último vistazo al apartamento y se marchó. Resulta curioso que, a pesar de la angustia y el dolor inhumano que sentía, tuviese tiempo de fijarme en el suave movimiento de su hermoso trasero mientras se alejaba. Un mecanismo del subconsciente para aliviar la tensión, supongo.

En aquel momento sólo quería morir. Sé que le resultará patético, nuestra sociedad no es muy dada al amor en ninguna de sus facetas, pero no era justo que el viejo la palmara en aquel preciso instante de nuestras vidas, cuando, de alguna manera que sólo él y yo hubiéramos entendido, habíamos empezado a comprendernos.

La compuerta se deslizó y yo me quedé a oscuras. Por dentro y por fuera. Se había cerrado con un sordo *plop*, y pensé que también mi vida lo había hecho con ella, sin sonidos, sólo con una punzada de dolor sordo que sentía en eso que algunos llaman alma.

Lloré un buen rato, destrozando sistemáticamente el apartamento como un animal enjaulado. Pasados los primeros momentos de furia me dejé caer en un rincón, exhausto, contemplando un mundo horriblemente distorsionado a través del borroso cristal de mis lágrimas. Me restregué los ojos con los puños, tal como solía hacer

cuando era pequeño; y casi esperé que, como entonces, el fantasma de mi padre viniera para consolarme.

No crea que todo aquel caos duró mucho. Soy un hombre sentimental para los tiempos que corren, pero también soy práctico. No tenía mucho sentido quedarme allí quieto velando al viejo, sobre todo cuando tenía asuntos importantes que atender, asuntos de los que, sin duda alguna, dependía mi vida. Sorbí mis lágrimas, dediqué un último pero intenso pensamiento a la memoria de mi padre y pasé a la acción, o a lo que usted consideraría la acción.

Y este es el momento más difícil, el momento que seguramente he intentado evitar desde que comencé el relato.

Porque yo no sé lo que sucedió en realidad, sólo sé lo que yo he experimentado. Desconozco por completo el cómo, desconozco la mecánica del proceso, soy un completo ignorante respecto al procedimiento descubierto por Haakon. Y esa es otra de las cosas curiosas de este relato: él tampoco sabe, o sabía, donde quiera que esté, qué fue lo que descubrió exactamente.

Fue un serendipity, ¿sabe lo que es eso? ¿No? Sería mucho pedir, lo suponía.

Yo tampoco lo sabía cuando leí la nota que había dentro del paquete. Lo busqué en la red. No es nada extraño, si es que lo cree así. Simplemente es el modo que tienen los científicos de llamar a los descubrimientos realizados por casualidad. La penicilina, el LSD, muchas cosas han sido halladas de forma puramente fortuita, no crea que todos los sesudos son tan listos e infalibles como ellos mismos

proclaman. De ese modo tan poco ortodoxo Haakon descubrió algo que, como usted sospecha, puede cambiar nuestra concepción de muchas cosas, entre las que se hallan, por citar sólo algunas, la realidad, el universo, las dimensiones,...

No, no pretendo hacerme el gracioso.

Abrí el paquete sin problemas, como ya habrá supuesto; su acceso se realizaba a través de un sensor retinal, nada del otro mundo. ¿Cree que encontré las muestras en el interior? Pues no, de ningún modo, lo que ocultaba aquella cosa en sus entrañas era un hatajo de artilugios muy cotidianos. No tengo ni idea de dónde coño están los hongos, ni de lo que Haakon hizo con ellos, y puede someterme a toda la tortura que quiera, o inyectarme un hospital entero de drogas de diseño: seguiré sin saber qué fue de ellas.

En el interior del paquete encontré tres cosas muy diferentes: una ampolla, un bib, y una neumática ya cargada con una cápsula de un oscuro líquido ambarino. Yo seguía tirado en el suelo, sintiendo cómo la gelidez del plasmetal se permeaba lentamente hacia el interior de mi carne, y estuve a punto de echarme a reír cuando vi aquella extraña triada de objetos. No por ellos, sino porque imaginé la cara que pondría el Gran Jefe si me presentaba en Oppenheimer diciendo que lo único que había dejado Haakon era un trío de artilugios que cualquiera podía obtener por menos de un mega, que no había extraños inventos, ni hongos alterados, ni... Nada, joder, nada con lo que negociar.

Mis pensamientos no eran más que tonterías, por supuesto, pero

debe comprender que el estado en el que me encontraba reducía aún más mis ya pocas facultades mentales. Ya sabe, dicen que el genio salta una generación.

Era evidente que lo que quiera que Haakon hubiese hecho con los hongos, su resultado estaba en el interior de una de aquellas cosas que ahora estaban tiradas de cualquier manera a mis pies.

Intenté tranquilizarme un poco. Respiré hondo, cerré los ojos y afronté la ardua tarea de intentar no pensar en nada aunque sólo fuese por unos segundos. Dejar la mente en blanco no es tan fácil como parece, pero lo conseguí. Tomé la ampolla que había junto a la neumática y al bib y la introduje en el pad. Esta vez no había protecciones ni vallas que saltar, su único archivo se editó a sí mismo con una pista de autoarranque.

Entre otras cosas, Haakon se despedía. También se disculpaba, me pedía perdón por haberme utilizado para poder despistar a la cúpula, bla, bla, bla... Mientras leía la primera parte de su nota, no pude evitar pensar en el viejo dicho de los jugadores de cartas: si a la media hora de partida no sabes quién es el primo, es que el primo eres tú. No me pregunte nada al respecto, todavía no sé muy bien cuáles fueron los tejemanejes de Haakon, pero el caso es que me utilizó, y creo que bien.

Después empezaba la parte técnica, una parte que me costó entender a pesar de que Haakon se había encargado de dejar consignado un mapa de rutas de enlaces

(libres, desbloqueados)

dentro de la red para que comprendiese los conceptos. Nunca sabré

por qué hacía esas cosas, a mí me importaba una santa mierda todo aquello, y todavía sigo sin comprender la mayoría de las concepciones a las que aludía. Aunque tengo una idea al respecto: como todo buen psicópata, Haakon quería que todos comprendieran sin ningún tipo de duda su genio creador. A pesar de todo malgasté buena parte de aquella mañana en leer la mayoría de los enlaces que...

-Deme su ampolla –el rostro de Tucker está levemente iluminado por primera vez desde que Anchor comenzó su relato–. Deprisa.

-¿Qué espera encontrar?

-Los enrutadores, desde luego.

De mala gana, Anchor extiende su temblorosa mano derecha hacia el pad, hace el amago de extraer la ampolla pero Tucker le detiene con un gesto brusco.

-No se haga el listo, active el acceso público.

Anchor suspira, mira los extraños ojos biónicos de su interlocutor y asiente en silencio. Huele a derrota, un hedor terrible que se introduce en cada uno de los poros de su cuerpo. Sus dedos, un enjambre de larguiruchos insectos que agonizan entre espasmos, se las arreglan para pulsar las fibras correctas del pad. Luego extrae la ampolla y se la da a Tucker. Está a punto de caer al suelo, pero el militar la atrapa con un gesto increíblemente rápido. Una sombra de sospecha brilla fugazmente en sus pupilas.

-Continúe –dice mientras guarda la cápsula a buen recaudo–, y sea breve.

–¿Cómo se puede ser breve a las puertas de la muerte?

–Su palabrería estaba bien al principio, Anchor. Ahora no hace más que aburrirme.

–Algún día debería dedicar un par de minutos a buscar en la red el significado de la palabra “piedad”.

–Sí, algún día –el rostro de Tucker se endurece–. Siga.

Anchor cierra los ojos con fuerza y su rostro adopta un rictus de dolor. Se revuelve, suspira, traga saliva y luego comienza a hablar con una voz cada vez más etérea:

–En realidad no estaba molesto con Haakon por...

...el hecho de que me hubiera engañado. Lo que más me dolía era que yo me las daba de ser un tipo listo, curtido, alguien que venía de vuelta de todo. Pero me la habían pegado. Sé que se estará preguntado a qué demonios me estoy refiriendo. Es evidente, no voy a repetírselo ahora, repase la grabación más tarde... En realidad, creo que nos utilizó a todos, pero incluso tener la certeza sería un pobre consuelo, ¿no cree? Haakon era, o es, muy inteligente, un genio, como creo que ya he dicho, y no le supuso ningún esfuerzo mantenernos bailando al compás que él marcaba.

Bien, Tucker, voy a contarle lo que yo creo que Haakon descubrió: el lenguaje de programación de Dios, el Hacedor versión dos punto cero, o algo así. No se ría, no estoy loco, aunque no sea quién para decirlo. No hablo de hacer planetas, galaxias, estrellas... Esos creo que se hacen a ellos mismos, le hablo de la esencia de la vida. De la esencia

del alma.

¿Sabe lo que es un par ERP? No lo creo, pero no se preocupe, sus jefes sí. Y si no, lo encontrarán todo en mi santa ampolla. Recuerdo perfectamente su naturaleza porque, al leer los datos que contenía, creí que era una absoluta chorrada semejante a lo de los neutrinos y la retropista. Resultó que era cierto, al menos en teoría. Le aseguro que no sé si los ERP existen, pero sí que tiene que haber algo parecido. Son las siglas de Einstein-Rosen-Podolsky, un trío de científicos de la vieja madre que vivieron aproximadamente en el siglo XX, o quizá en el XXI, no lo recuerdo. Esos tipos dijeron que algunos pares de partículas son sensibles la una a la otra sin importar la distancia espacial que las separe, y que cualquier acción que se aplique sobre una de ellas repercutirá instantáneamente en su gemela, esté donde esté. Ni siquiera el límite de la velocidad de la luz es aplicable a los pares ERP. Este conocimiento era puramente hipotético, por supuesto. Al menos hasta que Haakon entró en escena. Él llegó a más, él sospechó que los ERP eran sensibles no sólo en el espacio, sino en el continuo espaciotemporal.

Usted podrá creer que estoy desvariando, y no le culpo, pero marque mis palabras. Porque creo que Haakon halló una respuesta científica a la antiquísima idea de la reencarnación.

¿Qué sabe usted sobre partículas elementales? Mis conocimientos sobre el tema se reducían a que estábamos compuestos de átomos. Sobre la cuestión de cuál era la estructura interna de éstos... Bien, no tenía ni santa idea. Y sigo sin tenerla, me limito a repetir como un bot

de aprendizaje todo lo que se ha quedado entre las paredes de mi cerebro, pero creo que captó la esencia.

Las estrellas son fuente de vida, ¿verdad? El sol fue el que hizo posible que ésta se desarrollase en la Tierra, y seguramente otros muchos soles habrán hecho lo propio en sus respectivos sistemas. Mantienen el calor en un universo frío y distante que nos es completamente hostil. Nos dan la luz con la que vemos, y energía para los deltas y las Von Neumanns... Y también nos dan neutrinos, procedentes de las potentes reacciones termonucleares que se producen en su núcleo.

No sabría decirle por qué, pero es así. Grandes explosiones, que aniquilarían a un millar de Migraciones en menos de un segundo, y como resultado ráfagas de partículas de diversa índole entre las que se encuentran los

(vientos solares de la Heliosfera)

neutrinos. Partículas más veloces que la luz, tan extrañas que se mueven fugazmente por ese continuo difuso que llamamos espacio-tiempo, tan tenues que atraviesan la materia sin dejar rastros que podamos percibir excepto con aparatos muy especializados... O al menos eso se creía hasta ahora.

Como guinda de este cóctel demencial, Haakon añadió el alma.

¿Tenemos pruebas para creer en ella? Haakon creía que sí. No como esa parte espiritual del hombre cuya naturaleza ha sido revelada de mil modos en mil religiones diferentes. No, no es eso, él la concibió como una pauta energética de naturaleza desconocida con una

partícula asociada, como uno de los componentes de un par ERP; una pauta de información creada por Dios con su programa particular, con su código de acceso retringido, que responde a leyes que Haakon violó gracias al fruto de la casualidad, del serendipity.

¿Y dónde entran los neutrinos en todo esto?

No sabría decirle, quizá una emisión de neutrinos desde una estrella sea el estímulo que necesita el par ERP para comunicarse con eso que llamamos alma y hacerla saltar hacia delante... No lo sé, demonios, soy un santo pardillo metido sin deseirlo en una partida de dados con la mismísima esencia creadora del Universo.

-No pretenderá que me crea eso -Tucker intenta que su voz permanezca tranquila, pero Anchor observa una leve mueca de nerviosismo en su rostro-. ¿De qué nos serviría entonces? -Murmura para sí mismo.

-Es usted el que desea saber.

Tucker le mira con recelo, y por primera vez se levanta del sillón que ocupa. Anchor comprueba que es un hombre inmenso, una torre oscura que de pronto se alza ante él. Le da la espalda y se pasa la mano por la cabeza, deslizándola hasta la nuca. Escucha débiles cloqueos que se arrastran por el asqueroso aire enlatado de Niágara. Tucker está subvocalizando, dando órdenes a los subordinados que esperan agazapados por todos los recovecos del nivel en que se encuentran.

-¿Dónde ha estado, Anchor? -Dice mientras se vuelve hacia él con

un gesto lento y largamente estudiado.

–En la Tierra.

Tucker suelta una estruendosa carcajada a la que siguen unos hipidos ridículos que nadie esperaría de un hombre con una presencia como la suya.

–Muy bueno –logra decir–, por Buddah, Anchor, realmente bueno.

Anchor no le oye. El recuerdo de Betsie, que la parte consciente de su cerebro ha logrado olvidar por unas horas, vuelve como un tornado repentino que arrasa la geografía de sus pensamientos. Betsie, siempre dispuesta a ayudarle, a alegrarle, a compartir cada matiz de su existencia...

–¡Calle! –La cólera le devuelve unas fuerzas que ya creía perdidas para siempre.

Tucker le mira, incrédulo.

–Calle... –logra articular de nuevo, antes de caer en una especie de ensoñación maligna.

El militar logra contener el ataque de risa y vuelve a sentarse junto a él. La respiración de Anchor es cada vez más débil, y un olor a muerte impregna el aire. Lo ha visto en otros casos, quizá en demasiados, y no es algo que le afecte especialmente.

–No puedo creerlo –dice. Anchor vuelve a abrir los ojos, dos faros rojos y húmedos que son incapaces de fijarse en nada en concreto. Las drogas están perdiendo su efecto–. Todo esto es demasiado... No encuentro la palabra. Lo que creo es que Haakon le engañó con un sarta de estupideces romántica.

–¿Cómo? –logra articular.

–Usted quería creer y creyó. De eso no cabe duda, el escáner no detecta alteraciones que hagan sospechar lo contrario. Mi teoría es que Haakon al fin consiguió una inmersión completa en un neurofilm concreto, tan real que usted tiene la firme convicción de que ha estado en la Tierra.

–Se equivoca.

–No puede saberlo.

–Sí que puedo –un espasmo de dolor le hace gruñir como un animal herido–. Escuche: para programar un neurofilm hay que tener datos visuales, auditivos, olfativos, etc., ya lo sabe. Hay que reconstruir una atmósfera al cien por cien. Tenemos datos de la vieja madre que pueden ayudar a elaborar un neurofilm casi perfecto, ahora sé por qué, pero no creo que ninguna sonda pudiera reconstruir el sitio en el que estuve.

–¿Por qué?

–Porque volví atrás, maldita sea. A Inglaterra, al siglo XIX, a un lugar que es imposible que nadie de nuestra santa sociedad imagine con tal detalle. Le he dicho que Haakon violó las reglas, que intentó descifrar el lenguaje de programación de Dios.

–Sigo sin creerle. No tiene pruebas...

–Y nunca podré tenerlas –le interrumpe–. No es el cuerpo el que viaja hacia atrás o hacia delante, es esa pauta energética que llamamos alma. ¿Piensa que yo era así, tal como soy ahora, en High Wycombe? No, este no era mi cuerpo...,

...las cosas no son de ese modo. O, al menos, conmigo no ocurrieron de sea forma. Yo seguí las indicaciones de Haakon, paso a paso, y el resultado fue lo que ya le he adelantado.

La nota era simple: tenía que inyectarme la neumática y beber el líquido del bib, no sin antes haberme conectado a un campo de éstasis. Esto último era cruel. Haakon sabía perfectamente que mi padre era un desecho humano, y que, como la mayoría de habitantes de Niágara, tenía un cacharro de esos para desconectarse en tiempos de penuria y de escasez.

Busqué el aparato. No me fue muy difícil dar con él: estaba junto a su cama, junto a esta cama. Recogí la neumo y el bib. Tragué, me inyecté, y luego me conecté al campo estático. Antes de hacer la última conexión me dejé caer sobre este lecho de muerte del que no saldré jamás.

No ocurrió nada al principio, ninguna sensación física digna de mención aparte de un horrendo dolor de cabeza que me martilleaba las sienas, y siguió sin ocurrir nada hasta que repentinamente me encontré en el pozo, en un vacío vacío, por así decirlo. Era algo indescriptible que me rodeaba por completo, pegado a mí como una segunda piel, provocándome la impresión de estar atrapado en una tela de araña demencial, suave y agonizante, cristal sobre terciopelo... Es inútil, no hay palabras para describir el pozo de no-existencia en el que me encontré.

No tengo sensaciones que describir porque no las había. Estaba

ausente y presente al mismo tiempo, lejos y cerca de la casa, por arriba y por debajo del mundo, dentro y fuera de la realidad tal como la conocemos.

Estaba.

Y no estaba.

Recobré la capacidad de sentir sin transición alguna. Me sentía débil, y enfermo, muy enfermo, aunque algo me decía que no corría peligro alguno. El olor era muy distinto al de Niágara. Un aroma desconocido, pero muy agradable, me envolvía como los brazos de una madre. A mi alrededor escuchaba gritos de júbilo en un idioma que desconocía. Se parecía vagamente al que hablamos, pero era más duro al oído, más seco, con sonidos que golpeaban las frases como puños. Era inglés, inglés antiguo, con un cerrado acento del sur de Inglaterra, como pude comprobar más tarde.

Poco a poco fui siendo capaz de abrir los ojos. Al principio todo eran tinieblas salpicadas de ráfagas de luz difusa y de formas sombrías que se agolpaban a mi alrededor. No dejaban de parlotear sin descanso, y alguien enjugaba mi frente con un paño húmedo que olía a hierbas; aunque usted no puede imaginarse de qué le hablo, no tenemos nada parecido en la Migración, ni siquiera en los espacios de conservación genética. A medida que el tiempo transcurría, las fuerzas volvían a mí, y empecé a entender cuanto se hablaba a mi alrededor como si aquel hubiese sido mi idioma materno. Lo es, pero casi nueve siglos de evolución lo han convertido en una jerigonza banal y carente de matices.

-Está viva –decía una voz de mujer.

-Es un milagro –apostillaba otra, esta vez con un tono cascado.

La visión se me aclaró lo suficiente como para empezar a distinguir los rostros de las personas que se agolpaban sobre mí. Casi todas eran mujeres, excepto un tipo entrado en años que me observaba atentamente sosteniendo una lente de cristal ante uno de sus ojos. Era un monóculo, una de las cosas más divertidas que vi por allí. De entre las cinco o seis mujeres que se empeñaban en ayudarlo, Betsie destacaba sin ningún tipo de duda. Ella lo vio, vio que algo no andaba bien, pero no dijo nada. Betsie tiene algo, un toque que no se puede catalogar bajo ninguna categoría, pero que la hace única.

Se adelantó a las demás y dijo:

-¿Cómo te encuentras?

Su voz era terciopelo en mis oídos, una cascada de sensaciones que me envolvió y atacó a ráfagas mi corazón.

-Bien –pude decir.

Y al oír mi voz pegué un respingo.

Betsie frunció el ceño, seguramente porque observó la expresión de terror de mi rostro. No era la mía, era una voz de mujer joven, cansada, agotada, pero una voz femenina. Bajé la mirada y pude comprobar que entre las sucias sábanas reposaba, en efecto, un cuerpo con el estigma de Eva. Y lo insólito es que yo no lo sentía como extraño, era como si hubiese habitado aquellos huesos y aquella carne desde el mismo momento de nacer...

Me desmayé.

Desperté más tarde, en una cama más amplia, con dosel, que se hallaba enclavada en una habitación mucho más amplia e iluminada que la anterior. Bertsie estaba a mi lado, con un pequeño libro de poesía

(...oigo los grilletes forjados por la mente)

abierto como las alas de una mariposa sobre su regazo. Eran los *Cantos de Experiencia* de Blake, según averigüé más tarde. Cuando vio que mis ojos se abrían, dejó el tomo sobre un pequeño escabel forrado de terciopelo que se encontraba a sus pies y me sonrió con infinita dulzura.

–¿Cómo te encuentras, Paula? Ese es tu nombre, ¿verdad? No dejabas de repetirlo mientras te debatías entre este mundo y el otro.

No entendía a qué se refería, pero asentí en silencio, demasiado exhausto para hablar.

–Lamento mucho el accidente –su voz expresaba una pena muy real–. No te dejaré marchar hasta que me conste que estás completamente recuperada.

Casi no la escuchaba. Mi mirada estaba perdida entre los tapices y los cuadros que adornaban las paredes de la recámara...

–Está usted convencido de que fue así, ¿no es cierto, Anchor?

–Fue así.

Tucker calla y medita sobre las palabras del moribundo.

–Tuvo suerte –comenta.

–La suerte no existe –Anchor está tan débil que ya es incapaz de abrir

los ojos-. No. No hay suerte en esta vaina. Son los pares ERP, o lo que sea que comunique las pautas de energía con su gemela olvidada muy atrás en la corriente temporal. Verá –se revuelve un poco entre las sábanas empapadas por toda clase de fluidos-, lo que sé es que el carruaje de Betsie arrolló a una pobre campesina que se dirigía a la aldea. Se golpeó la cabeza con una piedra y quedó en coma profundo, a un paso de cruzar el umbral definitivo. Mi pauta se vio atraída hacia ella, merced a lo que sea que Haakon descubriera. Betsie y su familia se sintieron en el deber de hacerse cargo de mí. Luego surgieron sentimientos más profundos entre nosotros.

–¿Amor? –Dice Tucker con sorna.

–Supongo que sí, pero de una clase que nosotros desconocemos.

Un silencio denso se adueña de la estancia. Tucker lo rompe.

–Sigo sin creérmelo. Su historia tiene lagunas, ¿no tenía familia la supuesta chica cuyo cuerpo poseyó?

–Por supuesto que sí. Su madre se presentó en Highsbury Manor, reclamando la mano de obra barata que tenía en ella. El padre de Betsie le calló la boca con un buen puñado de dinero, las cosas funcionaban así en aquel lugar, en aquella época.

–No cabe duda de que tiene usted imaginación, Anchor, mucha imaginación.

Otra vez el silencio, cada vez más tangible.

–Y ahora, ¿qué? –Pregunta Anchor— Ya he acabado mi relato. ¿Quiere que le cuente todas mis vivencias allí?

–No será necesario.

–¿Será usted el que me mate?

Una sombra cruza los ojos de Tucker, y su labio se curva hacia abajo imperceptiblemente. Se levanta y da un pequeño paseo por la habitación.

–Le diré algo que le sorprenderá, Anchor. Dado que es usted es prescindible no creo que sea ningún problema –hace una pausa teatral–. Nosotros tenemos a Haakon, hecho un vegetal, pero lo tenemos.

–Hijos de puta –susurra, demasiado cansado para decir nada más.

–Él no puede corroborar su historia, porque su encefalograma está en línea. Pero quiero que sepa que, ante todo, tuvo mucha suerte. Nosotros tampoco sabemos qué hizo con los hongos exactamente, pero acabó con él. Con usted la cosa fue diferente, y ahora tenemos que averiguar la causa.

–¿Por qué?

–Simplemente porque nosotros mandamos, nosotros decidimos. No podemos permitir estas incursiones en la ciencia que alteran el orden preestablecido de las cosas, no podemos permanecer impasibles ante la deserción.

–No somos los únicos, y lo saben.

–Somos los únicos que nos movemos, Anchor. Los Verdis y los Teks están abocados a la desaparición, cada uno por una razón distinta.

–Vamos hacia una muerte prácticamente segura.

–Usted no, Anchor...

Tucker subvocaliza una clave secreta y el ejército de nanobots que

introdujo en su cuerpo con el ergopack comienzan las maniobras para hacerse con el control de éste. Las legiones se distribuyen por su torrente sanguíneo, seguras de que no van a encontrar resistencia, siguiendo una táctica prefijada que no admite errores. Pero no cuentan con que encontrarán un enemigo.

La neumo que se inyectó Anchor llenó su cuerpo de extraños aliados diseñados por Haakon. Una lucha sin igual se desata en el interior del moribundo. Cuando su cuerpo empieza a mostrar señales externas de la batalla, Tucker se acerca rumiando una maldición. Entra en táctico y ordena que traigan un equipo médico a la habitación que en otro tiempo ocupó Abe Anchor con su familia. Mientras espera que llegue, pasa el pad a unos centímetros de la piel de Haakon para efectuar un mapa de acciones. Anchor salta en la cama, como si le hubieran dado corrientes en el pecho. Su piel está adquiriendo un repugnante tono violáceo salpicado de bubas y pústulas que amenazan con estallar.

Lo están matando. Y muerto no sirve de mucho.

Se acerca y lo agarra por los hombros. Siente que su piel es como goma, fría, carente de vida... Repugnante. La compuerta se abre violentamente y un grupo de cuatro hombres, vestidos con camotrajés que llevan el logo del cuerpo médico a la altura del pecho, irrumpen en la habitación. Se acercan en tropel a la cama pero Tucker les detiene con un gesto seco.

–Está muerto –susurra–. El muy cabrón lo ha conseguido.

El cuerpo de Anchor ya no es reconocible como tal. Está hinchado, desfigurado, y amenaza con estallar. Tucker siente una furia que a

duras penas es capaz de controlar ante sus hombres. Pero debe hacerlo, por su integridad en el mando.

Todo perdido, piensa, absolutamente todo.

Siente que todo está vacío a su alrededor. Negro, oscuro y pestilente. Como su alma, como su pauta energética. Sonríe levemente. Hace una seña a sus hombres y cinco se marchan lentamente hacia la compuerta. Hacia la nada.

Anchor no es consciente de la transición. Ahora no hay oscuridad en el vacío, sólo presencias que le rodean, como fugaces volutas de niebla o de humo que se adhieren y le traen recuerdos de otros mundos, de otras vidas. Alegría, tristeza, fracasos, miserias, triunfos, anhelos... Todo en una masa compacta que le envuelve.

Sabe que viaja, más rápido que la luz y que el tiempo, sorteando barreras que su estrecha mente es incapaz de imaginar. Quisiera poder llorar pero no tiene soporte físico para hacerlo. Una calidez infinita le invade, tratando de comunicarle sin palabras que no se preocupe, que todo está bien, correcto, en su sitio.

Es la sensación definitiva, más allá de las pesadillas y de los sueños.

De repente todo a su alrededor se torna oscuro, negro bañado de un leve y pulsante resplandor rojizo. Y sufre, más allá de lo imaginable. Por todas partes hay vectores de fuerza que le oprimen, que le asustan, modelando una forma física que empieza a percibir a retazos.

Y después la luz.

Una luz brillante que se abre ante él como una flor que estalla en

fotones enloquecidos. Una luz que le llama. Otro dolor agudo y omnipresente. Y cae.

Alguien le recoge. Se siente llevado por fuerzas titánicas, alzado hacia la cima del cosmos, y cobra conciencia de que tiene un cuerpo nuevo, débil y cansado. Le llevan, le traen, dolores, caricias, un grito agónico que puede que haya escapado de sus labios. Todo lo que ha aprendido en su viaje se va, se escapa como agua entre los dedos. Ya ni siquiera recuerda su nombre, sólo leves retazos de alguien que fue y será. Aunque un recuerdo permanece, sólo uno.

Algo le atrapa y le envuelve. Es transportado hasta una masa esponjosa y húmeda sobre la que se apoya. Abre los ojos pero estos sólo le muestran sombras fugaces. Una voz pronuncia un nombre, y su corazón se llena de alegría. Introducen algo en su boca, algo que le proporciona vida líquida. El olor es inconfundible, el aroma está grabado a fuego en su interior.

La voz vuelve a pronunciar su nombre.

Y se siente feliz porque eso que le atrapa y le da vida no es de ningún modo desconocido para él.

Es Betsie.

Queda autorizada su libre distribución siempre que se cite la fuente

**© Joaquín Revuelta
Cádiz – Marzo 2004
Para Cyberdark.Net**